

## LOS PAPELES DE YALTA, ESTUDIO PRELIMINAR

### 1

*Papeles de Yalta y angustia posbélica.—Razón de ser de nuestras apostillas. Un problema prejudicial: ¿por qué se han publicado los Papeles de Yalta?—Intento aclaratorio: los Papeles de Yalta, como arma dialéctica preelectoral y en cuanto amenaza a la política internacional norteamericana de ambición bipartita.—La publicación de los Papeles de Yalta como elemento de decepción respecto del "mundo libre".—Dos ofensivas dialécticas y sus propósitos específicos: la situación política de republicanos y demócratas.—Mac Arthur replica a los disparos, por elevación, de los senadores demócratas.—Mac Arthur y Forrestat.—Los errores de Roosevelt y de Truman.—Deducciones del examen precedente.*

Se ha venido acumulando tal número de glosas, todas ellas encaminadas al logro de un adecuado enjuiciamiento en lo que atañe a la significación y alcance de los documentos secretos, relativos a los diálogos y decisiones acordadas en Yalta, publicados por la Secretaría de Estado de Washington, D. C., que a estas horas y a menos de reiterar lo que ya ha sido objeto de comentarios, la prudencia aconseja no incidir en esa tarea glosadora. Tal vez a ello se deba el silencio que subsiguió al fugaz período de apostillas, aun cuando, según nuestro parecer, otra es la causa determinante de que la etapa de los comentarios inmediatos, profusos y también confusos haya dado paso al silencio primero y al olvido después. Según nuestra opinión, lo que sencillamente hemos registrado es una exteriorización más de ese fenómeno posbélico, al cual venimos aludiendo, con perceptible insistencia, síntoma que hemos denominado así: celeridad de las desactualizaciones en materias de política internacional. Si nos preguntamos el por qué de esa fugacidad no consideramos imposible dar cumplida respuesta a lo que antes hemos formulado a guisa de interrogante. Sencillamente lo que nosotros denominamos celeridad de las desactualizaciones ha sido por otros rotulado como síntoma específico de angustia posbélica; ambos apelativos responden a un coincidente fenómeno de episodismo internacional. Uno y otro no significan sustancialmente más que esto: desde 1945 los hombres de Estado, enfrentados con el problema de la alteración del sistema del equilibrio político, no han querido, no han sabido o no han podido hacer frente al grave problema del desequilibrio, y como, por otra parte, existían sectores del mundo a los cuales interesaba prorrogar esa situación de inestabilidad, se generaba así un mundo incierto al cual le estaba vedado encarar el futuro con ciertas posibilidades de previsibilidad, y el hombre, así separado del problema de su destino, necesaria e irremediablemente debía contentarse con vivir al día, posición resignada y fatalista a la vez que explica cumplidamente cómo en virtual desconexión saltamos de una a otra inquietud, ansiosos de alcanzar una imposible tranquilidad para nuestro espíritu.

Si lo anteriormente aducido no resulta ser dialécticamente inadecuado, parece

lícito pensar si el mutismo que subsiguió a la precipitada acumulación de apostillas, engarzadas en torno a la aparición de los Papeles de Yalta, deberá achacarse, más que el agotamiento de posibles glosas, a esa alucinación posbélica que nos transporta inexorablemente, de una a otra inquietud, sin procurarnos el reposo que estimamos necesario para enjuiciar debidamente cualquiera de los grandes y complejos problemas internacionales del instante presente. Esa sospecha, al apoderarse de nuestro ánimo, nos indujo a considerar si no sería prudente ahora que el silencio se hizo en torno a la aparición de los Papeles de Yalta brindar nosotros al espectador desapasionado algún comentario consignado con propósitos de esclarecimiento. No es otra la tarea que nos proponemos realizar al consignar seguidamente determinadas apreciaciones.

De modo punto menos que indefectible, los comentaristas de los Papeles de Yalta han centrado su atención polarizando sus apreciaciones en torno al contenido específico de lo acordado en Crimea y a los diálogos que antecedieron a lo decidido en febrero de 1945. Bien se nos alcanza que ese extremo constituye la parte más relevante del problema, pero ello no obsta para que consideremos también de indudable trascendencia el determinar, si ello es posible, qué causas indujeron a la Secretaría de Estado de Washington, D. C., a extraer —sólo en parte— del misterio y de la imprecisión los citados acuerdos y los coloquios que les sirvieron de apoyadura. Se trata de un problema prejudicial que, debidamente apreciado, puede contribuir en cuanto elemento aclaratorio del problema que estamos analizando, y así enfocada la cuestión cabe consignar lo siguiente: la Administración republicana puede perseguir una de estas dos finalidades o tal vez ambas: provocar una determinada reacción polémica en los medios políticos estadounidenses y posibilitar la acentuación de la ofensiva destinada a lograr la deseable neutralización de los efectos corrosivos de la "guerra fría"; dos motivos intencionales que acaso resultase inadecuado situarlos en el mismo plano polémico.

Consideremos, ante todo, el primero de los dos aspectos de la cuestión a que dejamos hecha referencia. Es innegable que en los sectores políticos del partido demócrata se ha reprochado a la Administración republicana el designio de publicar los Papeles de Yalta en cuanto artilugio político para ser empleado en la lucha que mantienen tradicionalmente y cada dos años republicanos y demócratas. La acusación no deja de encerrar gravedad y trasciende visiblemente del cuadro político norteamericano, para proyectarse sobre el campo de la dinámica internacional, y ello, por la razón siguiente: Eisenhower, con visible reiteración, afirmó su propósito de actuar en la esfera extranorteamericana en cuanto vocero de una política internacional respaldada por republicanos y demócratas, aspiración laudable por cuanto la aparición de fisuras en el sistema hipartito norteamericano, proyectado hacia el ámbito internacional, facilitaría la actividad disgregadora, alimentada y atizada desde el exterior y, sobre todo, desde los medios moscovitas. Así se aproximarían los Estados Unidos a una situación peligrosa, por cuanto su impresionante poder material carecería de un complemento imprescindible: la firmeza dialéctica de la posición norteamericana respecto a la política internacional. a realizar a lo largo de estos días azarosos. Esto aparte, no sólo los Estados Unidos precisan lograr su plena integración en el orden político, sino que resulta no menos necesario ofrecer garantías de orientación cierta a sus presentes, futuros y posibles colaboradores, pertenecientes al denominado "mundo libre", sensación confortadora de seguridad que se malograría si Eisenhower apareciese como exponente de un solo partido político —minoritario en ambas Cámaras— y sin contar con el respaldo de la poderosa fracción demócrata. Si Eisenhower no logra rehuir esos riesgos inherentes al malogro de la política internacional bipartita, de poco serviría la revelación de los Papeles de Yalta fortaleciéndose dialécticamente la posición del "mundo libre" si al propio tiempo actuaba como elemento de discordia respecto de la necesaria adhesión del partido demócrata.

Indudablemente, la publicación de los Papeles de Yalta afectó en modo evidente a la viabilidad de una política internacional norteamericana bipartita, única que puede servir a los Estados Unidos para despertar un minimum de confianza entre sus colaboradores del mundo occidental, y la verdad es que los Papeles de Yalta, al ser publicados, no sólo han acentuado las discrepancias entre republicanos y demócratas, sino que esas disensiones se han exteriorizado en el propio seno del partido republicano, cuya ala derecha aparece en situación de clara discrepancia respecto del presidente Eisenhower. Los norteamericanos han clasificado la respectiva posición polémica del presidente Eisenhower y del ala derecha republicana, afirmando que Eisenhower ha elegido el camino real (*high road*), en tanto los discrepantes republicanos prefieren utilizar el camino de carro (*low road*). La inclinación polémica del presidente Eisenhower puede sintetizarse así: nada se lograría retrocediendo diez años y afirmando que a la luz de posteriores acontecimientos unos se equivocaron y otros estaban en lo cierto. Los que ahora arguyen especulando en torno a lo que en Yalta se pudo hacer y agregan que debió procederse de otro modo, olvidan algo esencial: que una cosa es encarar los problemas en medio de un ambiente bélico y otra en los instantes actuales; que en modo alguno deben utilizarse los Papeles de Yalta para poner en tela de juicio la reputación de las personas que intervinieron en aquellas negociaciones. En contraste con esa reacción, que pretende ser objetiva, parece existir el propósito, por parte de algunos senadores republicanos, de utilizar lo que implica la publicación de los Papeles de Yalta en cuanto plataforma de las elecciones presidenciales de 1956, arguyendo que los demócratas en Yalta entregaron China y Polonia a Rusia atadas de pies y manos. Se comprende que los demócratas traten de reaccionar polémicamente ante el anuncio de tales propósitos; por ello el *leader* de la mayoría demócrata, Lyndon Johnson, acusó a los republicanos de utilizar los Papeles de Yalta, no contra los comunistas, sino frente a sus oponentes políticos norteamericanos, añadiendo después: "Probablemente hubo errores en Yalta, pero tales errores parece que se provocaron por estimaciones de los jefes militares en Europa y en el Pacífico." Intentó reforzar esa posición dialéctica el senador Lehman, de Nueva York, el cual reiteró el argumento, a cuyo tenor las concesiones a Rusia respecto del Extremo Oriente fueron consentidas por indicación de los consejeros militares de Roosevelt, los cuales argüían así: el único modo de evitar el sacrificio de un millón de soldados norteamericanos en la conquista del archipiélago nipón consistiría en que Rusia actuase frente al Japón desencadenando una ofensiva sobre tierras manchurianas.

Arguyendo en el sentido apuntado, los demócratas disparaban por elevación, pues es bien sabido que los dos generales en jefe, en Europa y en el Pacífico —Eisenhower y Mac Arthur—, ambos pertenecen al partido republicano. Eisenhower replicó brevemente a tales insinuaciones haciendo constar que él no estaba presente en los diálogos de Yalta y que el único contacto que había establecido respecto de las negociaciones crimeanas fuera de tipo indirecto cuando enviara al jefe de su Estado Mayor, general Walter Bedell Smith, para que participase en las negociaciones preliminares tenidas en Malta por las delegaciones de Gran Bretaña y los Estados Unidos.

La ofensiva dialéctica desencadenada por el ala derecha del partido republicano contra los Acuerdos de Yalta se centraba en un extremo: para lograr la intervención del ejército ruso en Manchuria, que se consideraba precisa al objeto de ultimar la derrota del Japón, ahorrándose los norteamericanos un millón de vidas, cifra que se consideraba preciso sacrificar para consumir la invasión del archipiélago japonés, se hicieran las tan criticadas concesiones a la U. R. S. S. Ello quiere decir que los consejeros militares de Roosevelt consideraban tan imprescindible la intervención armada de Rusia en Manchuria, que todo debía supeditarse al logro de tal participación, y como era general en jefe de las fuerzas norteamericanas.

ricanas en el Pacífico Douglas Mac Arthur se pretendía achacarle la responsabilidad de lo sucedido y hoy lamentado; basándose en esas consideraciones el ya citado senador Lehman no vaciló en afirmar que Mac Arthur había "recomendado urgentemente" (*urgently recommended*) la participación rusa en la guerra del Pacífico.

Mac Arthur, en una declaración a la Prensa —23 marzo 1955—, tras aseverar que no le animaba el propósito de intervenir en la polémica de Yalta, agregó que nunca fuera solicitado su parecer en lo concerniente a la conveniencia de requerir la participación rusa en la guerra asiática y que no había terciado en las negociaciones de Yalta. Mac Arthur hace saber que el 21 de septiembre de 1944 había expresado su opinión de que la guerra con el Japón había entrado en su fase decisiva; el 20 de octubre de 1944 declaraba Mac Arthur que la toma de Filipinas había seccionado en dos el llamado Imperio nipón asiático y que las conquistas del Japón en Indonesia, Borneo y Malasia caerían, como fruta madura, por su propio peso; incluso en el Cuartel General de Mac Arthur se llegó a pensar si la guerra en el Pacífico terminaría antes que la de Europa. En cuanto a la participación rusa en la lucha asiática, Mac Arthur estimó que debiera producirse inmediatamente después del ataque a Puerto Perla, ya que en ese supuesto el Japón no podría desencadenar la guerra en dos frentes; atacado por Manchuria, el Japón no podría instalar un frente en el Sur, impidiéndose así la conquista nipona de Filipinas, Malasia e Indonesia, ahorrando así millones de vidas, que en Yalta se quisieran preservar en trance de emergencia. Mac Arthur recuerda que el 13 de diciembre de 1941 había recomendado urgentemente a Stimson —a la sazón secretario de Guerra— el que Rusia declarase la guerra al Japón, telegrama que no mereció respuesta alguna. Termina Mac Arthur haciendo constar que si se hubiese solicitado su opinión —que nadie requirió— se mostraría opuesto a la entrada de Rusia en la guerra de Asia, participación lograda *in extremis* y que otorgar concesiones a Rusia en pago de su intervención le parecía a la sazón indisculpable.

Se ha dicho que esta declaración de Mac Arthur no ha hecho otra cosa que avivar la hoguera polémica, encendida en torno a las concesiones de Yalta, tanto más cuanto que en el diario de James V. Forrestal —en esta época secretario de Marina— se afirma que Mac Arthur el 28 de febrero de 1954 —dos semanas después de la Conferencia de Yalta— propugnaba la necesidad de la ayuda rusa en Manchuria para poner término a la guerra con el Japón. Esta afirmación, contenida en el diario de Forrestal (diario publicado en 1951) fue contradicha por el general Whitney, ayudante a la sazón de Mac Arthur, el cual hace notar que esas palabras atribuidas por Forrestal a Mac Arthur son del primero y en modo alguno del segundo. Versión contradicha por el editor del diario de Forrestal, el cual asevera que ese diario es fiel reproducción de las memorias del ex secretario de Marina.

Lo cierto es que ni Eisenhower ni Mac Arthur participaron en los diálogos de Yalta, omisión especialmente indisculpable respecto de Mac Arthur, ya que si en Yalta se iban a tomar acuerdos graves respecto del problema asiático, parecía natural escuchar cuidadosamente la opinión de quien, como Mac Arthur, había asumido toda la responsabilidad respecto de la guerra en el Pacífico. Es igualmente innegable que Roosevelt solicitó en Yalta, de modo insistente, la intervención de Rusia en Manchuria, aconsejado por sus expertos militares; ¿quiénes fueron tales consejeros? Es éste el extremo que no ha sido aclarado y en tanto no se haga luz sobre tal aspecto del problema se explica, aun cuando no se justifique, que los republicanos del ala derecha insinúan que la responsabilidad es de Roosevelt, acaso explicable, dado su estado de postración y debilidad, alegación no convincente, ya que fallecido Roosevelt y reemplazado en la Presidencia por Truman, éste persistió en la misma línea de conducta, acaso influido por la opinión de esos misteriosos y hasta el presente no identificados consejeros militares. Si Roosevelt,

en febrero de 1945, consideraba inalcanzable en plazo próximo el colapso del Japón si no se contaba con la participación de Rusia, esa misma apreciación la compartía Truman seis meses después, apreciación ésta que no se apoya en meras conjeturas, sino en el hecho evidente de que Truman, clausurada la conferencia de Potsdam —que se reunió entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1954—, sigue creyendo que la victoria sobre el Japón sólo puede ser realidad de modo inmediato acudiendo a un medio drástico, y como al finalizar la Conferencia de Potsdam aún no había sido realidad la intervención rusa en Manchuria, Truman arrojó la terrible responsabilidad de una orden gravísima: que fuese arrojada la bomba atómica sobre Hiroshima, genocidio que tiene lugar el 7 de agosto de 1945; dos días después —el 9 de agosto— Rusia declara la guerra al Japón y éste se rinde, incondicionalmente, el 14 de agosto; sucesión vertiginosa de hechos que no pueden tener más explicación que la siguiente: el Japón estaba, potencial e inevitablemente, vencido cuando se celebraron los diálogos de Yalta, y esta evidencia aún resulta más innegable, encarada cinco meses después, cuando ya se había producido la rendición incondicional de Alemania. Este es el gran misterio de Crimea y de Potsdam, no eliminado por la publicación de los Papeles de Yalta y acaso describable si en fecha más o menos próxima se hacen públicas las negociaciones que antecedieron a los Acuerdos de Potsdam de 17 de julio y 2 de agosto de 1945.

Al redactar las líneas que anteceden nos animó el firme propósito de ofrecer al lector de estos CUADERNOS una exposición lo más serena posible de todo este complejo problema relacionado con la publicación de los Papeles de Yalta, y, entre otras deducciones a establecer, nos parece adecuado consignar lo que sigue: los Papeles de Yalta, al salir del relativo misterio que les servía de cobijo, lejos de contribuir tal publicación al esclarecimiento del problema, más bien lo han salpicado de incógnitas y consideramos imprudente traer al campo apasionado de las polémicas partidistas una cuestión peligrosa, por cuanto la imposibilidad, hasta el presente registrada, de asignar las responsabilidades de lo sucedido y otorgado en Yalta, necesariamente ha de generar en la opinión pública norteamericana un sentimiento de explicable angustia cuando el ciudadano de los Estados Unidos llegue a la conclusión de que es tan difícil precisar lo que engendró aquellas claudicaciones en beneficio de Rusia, consumadas a expensas de Polonia y de la China nacionalista.

## II

*Una versión serena de los Acuerdos de Yalta (George F. Kennan).—Reparos a las dos afirmaciones iniciales de Kennan.—La coexistencia.—La ayuda a Rusia, la rendición incondicional y la línea divisoria Este-Oeste, según la tesis de Kennan.—Observaciones respecto a las precedentes exégesis.—Lo que en Yalta significó la "política de apaciguamiento" (las anexiones directas e indirectas, consumadas en beneficio de Rusia).—Lo episódico y lo permanente en la colaboración ruso-norteamericana (de la Carta del Atlántico a la satelitización).*

Ahora nos proponemos abandonar el campo de las ardientes polémicas e instalarnos en otro sector dialéctico de acentuada serenidad, valorando lo sucedido en Yalta, no de acuerdo con los Papeles publicados, sino en fecha anterior a su impresión y difusión, característica esta última, que si no constituye seguridad de acierto en los juicios formulados, cuando menos han sido concebidos en un ambiente mucho menos apasionado que el vivido a partir del día en que el Departamento de Estado de Washington, D. C., acordó publicar una versión —la norteamericana—

de los Papeles de Yalta. Un exponente de tal posición temática nos es ofrecido por George F. Kennan en un libro publicado cuatro años antes de ser conocidos los famosos Papeles de Yalta (1).

He aquí las afirmaciones fundamentales que nos ofrenda George F. Kennan: Primera, se ha exagerado respecto de la trascendencia de las conferencias reunidas en el período declinante de la segunda guerra mundial (Moscú, Teherán y Yalta), ya que la instalación de los rusos en las que después pasaron a ser naciones satelizadas y la presencia soviética en zonas manchurianas no deben considerarse como consecuencia de las mencionadas conferencias, sino reputarse como el eco de las operaciones militares en la fase epilógica de la guerra: ¿cómo podría evitarse la presencia rusa en centroeuropa y en Manchuria? Solamente anticipándose en la acción los aliados occidentales, pero es notorio que las naciones del mundo libre no estaban en condiciones de llevar a cabo tal anticipación. De lo cual extrae Kennan esta otra consecuencia, la segunda de las que estamos enumerando, así enunciadas: es absurdo afirmar que la presencia rusa en Manchuria no hubiese sido realidad si Roosevelt en Yalta no pactase en tal sentido con Stalin, ya que nada impedía a Rusia participar en la parte final de la guerra en el Pacífico, donde perseguía una específica finalidad desde hacía más de medio siglo.

Respecto de estas dos primeras apreciaciones de Kennan séanos tolerado consignar un reparo: cuando las reuniones de Yalta tuvieron lugar, Hitler estaba irremediablemente vencido, y logrado ese objetivo común parecía llegado el momento de negociar una paz, y una paz, si se establece en beneficio exclusivo de uno de los vencedores, al cual se le permite, con sólo un paseo militar en Manchuria (paseo que dura exactamente cinco días), recuperar, de un solo plumazo, cuanto había perdido en 1905 al signarse el tratado de Portsmouth de 5 de septiembre. Rusia, que se había limitado a propinar lanzazo a moro muerto (en este caso Japón, previamente derrotado por los Estados Unidos), lograba no sólo reanudar su tarea de imperialismo extensivo, truncada con las derrotas del Yalu y de Tushima, sino fortalecer su posición en Manchuria y adscribir a su área de influencia la inmensidad china, terminando por alcanzar una posición de preeminencia tal que ni los Zares en otro tiempo, ni José Stalin en 1945 pudieron imaginar nunca que fuese lograda tan plena y totalmente. De ahí que nos permitamos preguntar: si los Estados Unidos no hubiesen acudido a Yalta, ¿es que Rusia habría retirado más beneficios? La respuesta nos parece que debe ser negativa. Entonces, ¿por qué razón los Estados Unidos decidieron concurrir a Yalta? Kennan intenta replicar a tal interrogante formulando a tal efecto una apreciación, que será la tercera de las que vamos enumerando. Cedamos la palabra al diplomático norteamericano.

Dice Kennan: se afirma que esas conferencias resultaban redundantes y que, además, suscitaban vanas esperanzas en los Estados Unidos y en el "mundo libre", pero los que así arguyen son los mismos que consideran imposible la cooperación con Rusia, pero, ¿cómo puede aseverarse lo que antecede sin intentar la puesta en práctica de una tarea de colaboración? De lo cual parece desprenderse, de acuerdo con la anterior interpretación, que todo dependía entonces de la buena fe e incluso de la filantropía de Rusia, precisamente porque se le ofrecía la coyuntura de explotar su condición de potencia vencedora. Consideramos que es preciso estar en posesión de una elevada dosis de candidez para pensar — y Kennan lo admite — que a Rusia sólo le inquietaba la derrota inequívoca de Alemania y que, lograda la seguridad que con tal epílogo se alcanzaba, Rusia, tranquilizada respecto del porvenir, tornaría a los límites de 1939, y si ello resulta cierto, lo que no parece serlo menos, es que Norteamérica concurría a Yalta sin cartas de qué echar mano.

(1) George F. Kennan "American Diplomacy 1900-1950". The University of Chicago Press. Chicago, Illinois, 1951. (Véase Capítulo V, especialmente, páginas 84-90.)

pese a la eficiente apertura de un segundo frente y no obstante la presencia de los efectivos norteamericanos en las inmediaciones de Praga.

Kennan, que dialécticamente nos parece ser un hombre honesto e irreprochable, no desdén un elemento de juicio relevante, a saber, en qué medida los Estados Unidos habían contribuido, con visible imprudencia, a facilitar la puesta en acción, remuneratoria, de la hegemonía rusa, y a ello alude en la cuarta de sus enumeradas consideraciones.

A tal fin hace saber Kennan lo siguiente: en agosto de 1944 había sido enteramente liberado el territorio ruso, coincidiendo ese hecho con la instalación del frente aliado en el occidente de Europa; entonces, virtualmente decidida la contienda, debieron cesar los préstamos y las ayudas, decisivas, de los Estados Unidos a Rusia; tal cooperación implicaba enormes consecuencias políticas para otros pueblos europeos, reperusiones que excedían del problema de la derrota alemana. A lo cual replica Kennan alegando que en aquella época se creía que Rusia no perseguía otra finalidad que la específica de lograr la derrota alemana; esto aparte, en la situación militar de entonces parecía imprescindible pensar en la necesidad de la colaboración rusa en cuanto medio de instaurar una paz de tipo permanente. Estábamos en lo cierto al valorar la naturaleza del poder soviético, pero fallaron nuestros cálculos respecto a la capacidad de la diplomacia norteamericana en este período histórico para hacer frente a una situación de inestabilidad. Esto es, que tanto Harry Hopkins como Roosevelt tenían más razón que aquella que les concedemos al creer que todo el problema de la paz dependía de un cambio en la actitud de Rusia, y Kennan reitera a este propósito lo que ya manifestara anteriormente: si los Estados Unidos hubiesen adoptado otra actitud respecto de los préstamos concedidos a Rusia o en lo que atañe a su presencia o ausencia en las conferencias internacionales mencionadas, no por ello se hubiese alterado el curso de los acontecimientos militares en Europa; Kennan añade después: hubiésemos gastado menos dinero y material, hubiésemos llegado antes al centro de Europa y nos encontraríamos menos comprometidos respecto de las obligaciones concertadas con los aliados rusos; la línea entre Este y del Oeste se hubiese corrido más al Este, en beneficio del mundo libre. Pero estaban los Estados Unidos a la sazón situados ante un dilema básico; ello nos condujo a la "rendición incondicional", que acaso no fue una medida prudente, pero en realidad no quedaba otro recurso que el proseguir la lucha hasta el fin, se actuase o no en cooperación con Rusia, y de modo inevitable, más tarde o más temprano, debía desenlazarse en el trazado de una línea divisoria en la Europa central, a un lado los occidentales, a otro Rusia y unos y otros ocupando una situación semejante a la registrada en 1945.

Teniendo a la vista las alegaciones de Kennan a que dejamos hecha referencia, lo único que de su trama dialéctica podemos deducir es esto: si con la prórroga de préstamos a Rusia o con su cercenamiento, si con la celebración de conferencias internacionales o renunciando a participar en las mismas resultaba inevitable la separación de dos mundos, ¿cómo Harry Hopkins y Roosevelt acudieron a Yalta abrigando la inexplicable esperanza de que Rusia accediese a renunciar al establecimiento de una línea divisoria Este-Oeste, que tan adecuadamente había de servir a la consecución de las finalidades posbélicas perseguidas por la U. R. S. S.? No se olvide que el establecimiento de la línea divisoria Este-Oeste equivalía al planteamiento de un gravísimo problema, el de la división de Alemania, partición que, en manos de Rusia, había de implicar la posesión de un artillugio destinado a impedir la instauración de una paz estable y a facilitar en la misma medida la instalación de un sistema ideado en Moscú (unificación de Alemania, originariamente reducida a un Estado neutral, desarmado e inerme) y que ese trozo de Alemania, incluido en el área rusa, más tarde o más temprano, caería inevitablemente dentro de la órbita del mundo satelitizado. Pero no sólo oponemos los reparos anteriormente consignados a la tesis de Kennan, ya que a dichas observa-

ciones debemos agregar otra: si era inevitable el establecimiento de esa línea particional, la prudencia parecía aconsejar que se pusiese en práctica la técnica del mal menor, impidiendo que Rusia, después de Yalta, ampliase sus ya inquietantes adiciones territoriales, directas o indirectas. No debe desdeñarse en cuanto elemento de valoración el siguiente: que instalada la línea particional y ocupada Alemania por los vencedores, distribuidos en dos zonas, entre las cuales se interponía la presencia del llamado telón de acero, se ofrecía el siguiente contraste: que Rusia, por razones de proximidad, podía proyectar todo su peso, tanto sobre la Alemania oriental, cuanto respecto del mundo destinado a la satelitización, experiencia que carecía de plural, ya que ni Estados Unidos ni Inglaterra eran naciones contiguas a Alemania, y su presencia, lejos de las tierras que llamaríamos metropólicas, no revestía todo el poder impresionante de Rusia, potencia en tierra contigua o próxima y firme; la contigüidad de Francia es acaso la única excepción en el sector occidental, pero postrada como lo estaba no podía dicha nación representar una compensación respecto de la proyección soviética.

Por tanto, desde Yalta debió ponerse en práctica lo que mucho después de 1945 Acheson había bautizado con la denominación de "política de contención" y es notorio que Roosevelt, desde los días de Yalta hasta el instante de su fallecimiento, se mostraba más bien inclinado a poner en práctica la política de apaciguamiento (appeasement policy), técnica basada en el otorgamiento de concesiones a Rusia, abrigando la insensata creencia de que la U. R. S. S. se tornaría tanto más tratable cuanto mayores y más reiteradas fuesen las ventajas de que se le hiciera beneficiaria. Nótese que esa línea divisoria no impedía que el 10 de febrero de 1947 se concluyesen los tratados de paz con Bulgaria, Rumania y Hungría, que implicaban no tan sólo el reconocimiento de su independencia y la determinación de sus límites territoriales, sino la promesa de apoyar la candidatura de esas naciones para su ingreso en la O. N. U., a pesar de lo cual Rusia procedió a la anexión, por vía indirecta, de alguno de esos Estados mediante la puesta en práctica del sistema de la instalación de Gobiernos marionetas. De todo lo cual se infiere que Rusia, después de obtener en Yalta beneficios carentes de plural, persistió en su tarea de ampliar el área de acción hasta donde alcanzaban los efectos de su expansión territorial, directa o indirecta.

El balance no puede ser más impresionante y estimamos no estará de más exhibir a este propósito unas cuantas cifras aleccionadoras: Rusia se anexiona Estonia, Latvia y Lituania, Rutenia y Besarabia e instala Gobiernos satélites en Rumania —2 noviembre 1946—, en Bulgaria —3 noviembre 1946—, en Hungría —5 enero 1947—, en el este de Alemania —7 octubre 1950—. Como el lector puede apreciar, muchos de esos Gobiernos satélites fueron instalados con anterioridad a la firma de los Tratados de Paz de 10 de febrero de 1947. Traducidas en cifras, las anexiones, directas o indirectas, logradas en beneficio de Rusia, son las siguientes: en 1939, la población rusa o por Rusia controlada ascendía a 170.467.000 habitantes y la extensión alcanzaba un área de 8.173.000 millas cuadradas; en la actualidad el llamado monolito soviético —en el cual debe incluirse a China— proyecta su influencia sobre 14.242.000 millas cuadradas y alcanza a una población de 769.600.000 habitantes.

Kennan se pregunta si las grandes equivocaciones padecidas en la segunda guerra mundial fueron producto de esas torturantes y emergentes decisiones militares que caracterizaron las decisiones aliadas o errores achacables a la sociedad norteamericana en general respecto de la aventura en que los norteamericanos se habían embarcado. No debe olvidarse —agrega Kennan— lo que esa guerra tenía de carácter defensivo, en cuya contienda el Oeste actuaba como la parte más débil, capaz por sí sola de alcanzar una parte del objetivo perseguido. Esta falta de visión es consecuencia de nuestra ignorancia respecto del proceso histórico actual y especialmente de ausencia de atención en lo que atañe a las realidades de



poder, implicadas en una determinada situación. El fracaso, hay que referirlo al modo de apreciar las limitaciones de todo género, en general, como vehículo adecuado para alcanzar los objetivos de un Estado democrático; esto es, problema de relación relativo al empleo de la fuerza para alcanzar los designios de un Estado democrático. Por ello el proceso destructivo de toda guerra debe ser considerado como elemento que precisa complementarse y no enjuiciado en sí mismo como instrumento de entusiasmos, esperanzas y sueños en lo que atañe al progreso mundial.

Se precisa a lo largo de las reflexiones de George F. Kennan consignar el ansia de encarar el problema, no sólo en sus manifestaciones específicas, reflejadas en los acuerdos de Moscú, Teherán y Yalta, sino en cuando problemas de más amplios vuelos, y así valorada la cuestión, pensamos nosotros que tal inquisición pudiera realizarse coincidiendo con Kennan en el propósito, pero discrepando, como verá ahora el lector, en lo que atañe a cómo puede transformarse una alianza ocasional y, por tanto, emergente, mantenida, *de facto*, por los Estados Unidos y Rusia a partir de diciembre de 1941 hasta mayo de 1945 en una hostilidad cuya gravedad radica precisamente en lo que tiene de latencia. Kennan asevera que la guerra pasada, tal y como la concibió el Oeste, tenía la significación de una guerra defensiva y consideramos que es sincero e incluso está acertado al sentar la precedente afirmación. Es más, concedemos que, en pura técnica, si Rusia cuando entró en guerra —en 1941— fué para rechazar una invasión en el periodo inicial de la misma e incluso hacemos notar que en los tratados de alianza, signados por la U. R. S. S. en 1942 con Inglaterra y en 1944 con Francia, se estipula que el fin de los mismos será no sólo derrotar a Alemania y evitar futuras agresiones germanas, sino el mantener la paz y atenerse en su futura conducta a los principios consignados en la Carta del Atlántico (condenar las anexiones, proibir las alteraciones territoriales, alcanzadas a medio de la fuerza y respetar el derecho de los pueblos a elegir libremente su forma de Gobierno), promesa por otra parte innecesaria por cuanto Rusia era ya signataria de la Declaración de las Naciones Unidas de 1 de enero de 1942, donde se ratifica la Carta del Atlántico de 14 de agosto de 1941. Indudablemente, esos antecedentes proveían de elementos básicos para pensar en el establecimiento de la paz, en colaboración y de acuerdo con Rusia; así lo que originariamente había nacido bajo presión de necesidades emergentes podía adquirir el perfil de una realización de amplio y duradero alcance. ¿Pensaron las democracias que contaban con un adecuado punto de apoyo para prender sus esperanzas en una futura colaboración con Rusia que no revistiese la condición de meramente ocasional? Si se contesta afirmativamente será preciso agregar que quienes así procedían actuaban como introductores en la escena internacional de ese tan invocado y alabado coexistencialismo, respecto del cual Rusia ha resultado ser uno de los más ardientes panegiristas, aun cuando se trate de un coexistencialismo construido a la medida de los designios específicos por Rusia perseguidos. Inaugurando así el coexistencialismo, sus valedores parecían ignorar algo que estimamos ser tan evidente como fácilmente comprensible y que por ello bien merece una cita expresa.

### III

*La interpretación del sistema de alianzas, según la valoración de Stalin (las alianzas como elemento ocasional de poder). Cómo Rusia denuncia dos pactos que previamente redujera a la condición la letra muerta. El factor potencia no es el único decisivo en los problemas de política internacional.*

Rusia, pese a los altibajos registrados de vez en vez, parece atendida a la puesta en práctica de una norma fundamental que ha sido claramente expresada por

Stalin en su "Leninism" (London, Geo. Allen and Unwin, 1940), en cuya página 156 puede leerse: "La existencia de la República soviética y de los Estados imperialistas durante un período prolongado es imposible. Uno u otro habrá de vencer en último término y antes de que tal epílogo advenga una serie de terribles colisiones entre la República soviética y los Estados burgueses es inevitable." ¿Qué debe hacer Rusia mientras perdure este previsible proceso de hostilidad? Stalin contesta: "El objetivo de esta estrategia es el de ganar tiempo, desmoralizar al enemigo y acumular fuerzas, con objeto de retener la iniciativa." (Leninism, página 65.) Maquiavelo consideraba las alianzas, a la vez episódicas y renunciables, en cuanto fenómenos, pero aún dentro de esa insoslayable contingencia, en ocasiones las coaliciones alcanzaban determinada longevidad, como fuera el caso de la Triple Alianza y de la Triple Integencia; ahora bien, esa relativa permanencia se generaba entre Estados cuya estructura político-social, aun siendo discrepante, no resultaba incompatible. Tal fenómeno de longevidad no puede darse respecto de signatarios, de los cuales uno de los firmantes considera que la finalidad por él perseguida no se considerará como alcanzada en tanto no incluya en el área de un implacable satelitismo a su confirmante. De ahí nuestra extrañeza cuando algunos espectadores del panorama internacional atribuyeron una cierta trascendencia a la reciente denuncia, por parte de Rusia, de los Pactos de alianza signados por la U. R. S. S. con Inglaterra y Francia en 1942 y 1944, tratados reducidos a la condición de letra muerta por Rusia al considerar que su seguridad exigía incluir en su esfera de influencia a los países hoy satelitizados. La coexistencia, hoy tan invocada, no puede ser realidad si quienes tratan de practicarla no aceptan de antemano la obligación de reconocer y respetar un minimum de derechos y deberes. Así la coexistencia, pese a su inevitable destino, limitado en el tiempo, puede galvanizar su vigencia, pero aducirla cuando uno de sus propugnadores señala como objetivo último el de extender, sin límites en el espacio, su imperialismo proselitista vale tanto como adentrarse en una aprisionante contradicción. No pisan, por tanto, terreno dialécticamente firme cuantos aducen que el desequilibrio se había exteriorizado con síntomas, tan alarmantes, que no dejaba posibilidad de opción ni libertad de movimientos al mundo occidental. Argüir en tal sentido equivale a ignorar que si bien es cierto que el factor potencia juega un papel preponderante en la dinámica internacional, no lo es menos que la desigualdad de poder no implica necesariamente un inevitable peligro para el débil y la seguridad hegemónica para el poderoso. Entre otros ejemplos que pudieran ser aducidos en apoyo de nuestra tesis podemos hacer mención de las relaciones amistosas y pluralmente beneficiosas entre el Canadá y los Estados Unidos. Pero cuando un Estado omnipotente piensa en utilizar su fuerza persiguiendo la universalización de su hegemonía, la fuerza cobra todo el específico valor de un artificio de implacable e insaciable dominación.

## IV

*La alteración registrada en el contenido y orientación de la política internacional rusa.—Los dos mares rusos inmediatos, desactualizados.—La vigencia del gran océano interior eurásico.—Las conjunturas y los riesgos de que son portadores los factores geopolíticos.—El sistema de la "war by proxy" y sus peligros: el actual problema de las relaciones ruso-chinas, como sorpresa para Oriente y Occidente.—El Tratado de Moscú de 14 de enero de 1950.—Los tres grandes peligros de la dilatada frontera china.—El Eje Moscú-Pekín y el paralelo 30.—Las dificultades rusas para asimilar el inmenso pastel chino y las probabilidades de un atasco soviético.—La política internacional rusa en trance de perplejidad.*

Tanto se ha insistido en torno a lo que significan como desdichada experiencia occidental los Acuerdos de Yalta, que los intérpretes de los mismos, atraídos por lo inmediato (génesis y contenido de dichos Acuerdos), han desdeñado considerar otro aspecto del problema, acaso más trascendental que el concreto y tan insistentemente invocado de las cesiones territoriales, consentidas en beneficio de Rusia y las probabilidades al alcance de la U. R. S. S., para incrementar su creciente satelitismo. Se olvida algo que estimamos imprescindible consignar: que Rusia, en virtud de los beneficios que le reportaron los Acuerdos de Yalta y acaso sin percibirlo (no consideramos que la capacidad de previsión de Moscú sea tan acusada como muchos aseveran) se vea situada ante el problema de alterar su rumbo en lo que atañe a los elementos sustanciales de su política internacional, y como la aseveración, así escuetamente formulada, pudiera causar disculpable sorpresa con el propósito de eliminar tal extrañeza, séanos permitido intentar el esclarecimiento de nuestro peculiar punto de vista.

Si antes de la primera guerra europea la plural existencia de la Triple Alianza y de la Triple inteligencia implicaban la existencia de un relativo equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo y si tal situación compensadora se prolonga, aun cuando modificada, en tanto fué realidad el Eje Roma-Berlín, en el actual período posbélico y sobre todo después de la inclusión en el Pacto del Atlántico, de Italia, Grecia y Turquía, es evidente que el Mediterráneo constituye mar vedado en lo que atañe a las pluriseculares aspiraciones rusas tendientes a establecer contacto con océanos más o menos libres. Al propio tiempo, la inclusión de Turquía en el dispositivo defensivo del mundo occidental impide a Rusia aspirar a cuanto significaría reactualizar su clásica política internacional respecto del Bósforo y de los Dardanelos. No altera sustancialmente el problema de la salida rusa al mar el que hoy le sea dable a la U. R. S. S. imperar en el Báltico, ya que tal dominio, para ser productivo, no puede constituir un fin en sí mismo, y a eso queda reducida la misión de Rusia en el Báltico, en tanto Inglaterra y Norteamérica imperen en el Atlántico. Rusia nunca logró, por otra parte, ser gran potencia marítima, de un lado, porque jamás en el océano alcanzó una victoria trascendente, y, de otro, porque su invulnerabilidad, clave de éxitos, sólo fué posible, a través de guerras libradas en tierra firme, haciendo las retiradas en inmensa profundidad, gracias al factor dimensional que le deparaba la vastedad de su área territorial. Este inevitable cambio de frente en la política internacional, operado a partir de 1917, progresó en su evolución y fortalecimiento en los últimos treinta y ocho años. Es así como a la tendencia zarista de buscar la salida al mar libre sucedió la inclinación, registrada en el primer período posbélico, en el sentido de que Rusia pensó, ante todo y sobre todo, en organizar debidamente lo que se ha denominado su "océano interior" a través de los planes quinquenales y mediante la instalación y el incremento de una poderosa industria pesada en los Urales y en el Donetz. Así puede percibirse en la trayectoria internacional rusa una inclinación tendiente a relegar sus aspiraciones como potencia talasocrática y a incrementar, en parecida proporción, sus características de nación geocrática (1). Consideramos que no se ha dispensado adecuada atención al estudio de esa sustancial alteración, registrada en lo que atañe a la fijación de los designios internacionales de la U. R. S. S., análisis que, a nuestro entender, tanto facilitaría todo intento encaminado a desentrañar lo que hay de misterio y lo que alberga como realidad la política internacional rusa en el presente período posbélico. Rusia, para articular su política internacional, actualmente en avanzado período de ejecución, utiliza como elemento básico el de

(1) Una exposición detallada de este problema puede encontrarse en Camilo Barcia Trelles, "El Pacto del Atlántico". Editorial del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950. (Véase especialmente el cap. VIII, "El Pacto del Atlántico y las inclinaciones geopolíticas de la U. R. S. S.", páginas 211 a 281.

su invulnerabilidad, que si desempeña un papel trascendente en el orden defensivo, al propio tiempo puede ser adecuadamente manipulado como factor ofensivo, no para desencadenar de modo inmediato una guerra general, sino para ejercer presión adecuada en distintas partes del mundo, y especialmente en los sectores de Extremo Oriente y en el Sur de Asia, utilizando el sistema de lo que se denomina "war by proxy"; es decir, manipulando a China como factor adecuado para desencadenar guerras circunscritas, tales como las de Corea e Indochina, así como actividades inquietantes en Malasia, Birmania y Siam. Tal sistema de guerras limitadas, que distraen una buena porción de efectivos militares, pertenecientes al mundo libre, constituye la etapa epilodal de la política internacional rusa, tan reciente, que puede situarse cronológicamente en año de 1949, época en que el comunismo logró dominar todo el área de la tierra firme china. Antes Rusia había pactado con Chiang Kei Chek, considerando al Gobierno nacionalista como al auténtico representante del pueblo chino; así se firmó el 14 de agosto de 1945 el tratado de amistad ruso-chino, por cuyas cláusulas Rusia no sólo ve confirmados los beneficios que retirara como consecuencia de los acuerdos de Yalta, sino que ensancha aún más las ventajas anteriormente logradas. Tal vez Rusia no alcanzó a justipreciar lo que significaba la marcha ascendente del comunismo chino, ya que, de haberlo percibido, no se explica cómo Rusia pretendió incluir en la agenda de la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de Moscú, en 1948, el problema chino, ofreciendo así una adecuada coyuntura a los negociadores occidentales para internacionalizar el problema chino y evitar que éste fuera resuelto, en definitiva, unilateralmente por Mao Tse Tung. Ese episodio de la Conferencia de Moscú nos lleva a pensar que Rusia y las potencias occidentales padecían una común miopía en lo que hace relación al modo de evolucionar el problema chino. Lo cierto es que la coyuntura fué desaprovechada y un año después —en 1949—, cuando los Estados Unidos se percibieron del ocaso irremediable de Chiang Kei Chek y de su inevitable confinamiento en la isla de Formosa, considerando como hecho definitivamente consumado el de la instauración del régimen comunista en China. Rusia dirigió su actividad a extraer provecho de la nueva situación creada en China, epílogo respecto del cual había sido la primera sorprendida, y a tal efecto entabló negociaciones con la China comunista, que culminaron en la conclusión del Tratado de alianza y asistencia mutua chino-ruso, signado en Moscú el 14 de febrero de 1950, situándose así Rusia en condiciones de inaugurar el sistema, aún hoy vigente de la "War by proxy". La firma del citado pacto constituye acaso uno de los sucesos más trascendentes de cuantos se registraron en este período posbélico y a desentrañar lo que ese tratado significa en relación con la orientación, rusa después de los acuerdos de Yalta van dirigidas las consideraciones que formulamos de modo inmediato.

Dentro del sistema de invulnerabilidad que depara a Rusia su plural condición geopolítica de espacio inmenso (como tal de difícil ocupación por un adversario) y de líneas interiores de comunicación (característica que la sitúa, en principio, fuera del alcance de las potencias talasocráticas), sólo puede aducirse como excepción aquello que atañe a su contigüidad respecto de China, a la inmensidad de esa frontera y a la circunstancia de que, al otro de la misma, vive una masa humana de 500 millones de habitantes, cuya sola presencia puede constituir un motivo de constante inquietud; ello por las siguientes consideraciones: primera, si en China imperase un sistema político-social distinto al ruso e incluso hostil, la actual invulnerabilidad rusa se vería seriamente afectada por cuanto Rusia habría de contar, no con un sólo frente potencial, sino con dos; segunda, en el supuesto de que una potencia occidental o un grupo de ellas lograra trenzar lazos de amistad con China, la vulnerabilidad de Rusia sería evidente, por cuanto las dos líneas férreas esenciales de la U. R. S. S. en Asia —el transiberiano y el turksib— estarían a escaso tiempo de vuelo de las bases aéreas enemigas; tercera, truncadas dichas

vías de comunicación, Rusia tendría que renunciar, por lo menos de modo inmediato, a su acción sobre tierras manchurianas y en la denominada península marítima, con lo cual su proximidad geográfica a Alaska y al Canadá no revestiría la eficiencia precisa; ello afectaría igualmente a la actual expansión económico-política de Rusia respecto del Sinkiang y de la Mongolia Exterior. Todo lo cual explica que Rusia, sacando provecho de los diálogos crimeanos, haya cargado el acento en sus peticiones respecto de Manchuria, Mongolia Exterior, parte sur de Sajalín e islas Kuriles. Ello no quiere significar que Rusia, de un sólo golpe, lograse ver satisfechas en Yalta sus aspiraciones extensivas respecto del Extremo Oriente, Sur de Asia y sector SO. del continente amarillo, pero aquellas cesiones constituían punto de arranque preciso para reafirmar y fortalecer tal acción hegemónica en el continente. Primer fruto de tales concesiones lo refleja el ya citado pacto de amistad ruso-chino de 14 de agosto de 1945, refrendo e incluso superación de lo alcanzado por Rusia en Yalta. Este éxito inmediato tropezó más tarde con un serio obstáculo: el reemplazo del régimen nacionalista chino por el Gobierno comunista de Pekín. No fué difícil tarea para Rusia el adaptarse a las consecuencias y a las exigencias de esta consumada alteración política y el fruto de esa compatibilidad nos es ofrecido por el tratado de alianza y asistencia mutua ruso-chino, ultimado en Moscú el 14 de febrero de 1950. Así pudo ser realidad la nueva política ruso-china del Eje Moscú-Pekín, y si otro Eje semejante pudo determinar la política internacional europea, en los años que antecedieron a la iniciación de la segunda guerra mundial, pese a la compensación de una Inglaterra y una Francia discrepantes y de una Rusia reservada y calculista, con mayor motivo dicho Eje puede hacer girar en su torno la política internacional del mundo, hoy eurásico y acaso mañana euroafricano.

Como es sabido, y en lo que atañe a su significación, se mencionan como términos indiferenciados los de Eje Moscú-Pekín y la política internacional centrada en el paralelo 30, que alcanza de Oeste a Este, lo que Mackinder denominó "Isla Mundial", ya que dicho paralelo, arrancando de la costa africana del Norte del Sáhara español, pasa, por el canal de Suez, el norte de Arabia Saudita, el Irán, el Pakistán, Tíbet, Sur de China, epilogando al sur del archipiélago nipónico. Bien entendido que no se trata de una línea rígida, sino de una apoyadura en la doble dirección Norte y Sur, llegando en sus repercusiones al Artico, por el Norte, y al Ecuador en el Sur, sembrando al propio tiempo la inquietud en lugares tan alejados entre sí como lo son Kenya e Indonesia; sería ese meridiano la línea central en el sistema geopolítico del llamado mundo isla.

Si hoy viviese Mackinder podría comprobar que su tesis del mundo-isla había sido visiblemente robustecida al instalarse el Eje Moscú-Pekín o la política internacional, centrada en el paralelo 30. Si para el monarca francés París bien valía una misa, pueda aducir Rusia la misma excusa, afirmando que Yalta implicó para Rusia la más prominente de las coyunturas a su alcance en el camino conducente al establecimiento de una hegemonía mundial; terriblemente onerosa resultó ser la *política de apaciguamiento*, aún más practicada que consentida por Roosevelt en Yalta y una de cuyas más graves manifestaciones radica en la circunstancia de que Rusia, en 1945, totalmente excluida del problema de Extremo Oriente, se vió conectada al mismo gracias a la inexplicable complacencia de la nación, a cuyas expensas se había alcanzado la plena victoria en el Pacífico.

Si al llegar a esta parte del presente trabajo considerásemos que había alcanzado el epílogo, nuestra versión pecaría por incompleta, ya que no todo es luctuoso para el mundo occidental en esta lamentable experiencia histórica a que venimos aludiendo. Nos referimos a las dimensiones del sedicente pastel chino y a si su enorme volumen excede a la capacidad digestiva de Rusia. Determinarlo pertenece al porvenir, y como no propendemos a establecer contacto con el mundo de las conjeturas, aun dando por factible que Rusia logre, con el tiempo, asimilar

el pastel chino (absorción respecto de la cual abrigamos más de una duda), ello no quiere decir que tal digestión no se vea alterada, en proporciones tales, que incluso ponga en peligro la vida del injeriente. ¿Por qué formulamos tal hipótesis? Veámoslo.

China, a partir de la signatura del tratado de Moscú de 1950, actuó en Corea e Indochina; no podemos afirmar rotundamente si fué a instigación de Rusia, pero sí aseverar que antecedió al desencadenamiento de esas guerras de agresión y consentimiento de la U. R. S. S., no ya porque existen pruebas específicas, sino porque ese sistema de las guerras, topográficamente limitadas, formaba parte integrante del sistema internacional ruso posbélico, que se nutría a expensas del sistema de la instalación de accesos de fijación, en lugares de la tierra, muchas veces acentuadamente distanciados entre sí. Hasta el presente esos medios de fijar la atención de quienes hicieron frente a las agresiones dió a Rusia excelentes resultados, pero sería imprudente aseverar que tal éxito va a prolongarse indefinidamente. El riesgo para Rusia existe; peligro grave y no descartable que radica en la posibilidad de que China, presionada por su propio impulso inicial, extienda sus ofensivas en el orden del espacio, p. e., desencadenando un ataque abierto sobre Formosa, acción bélica que inevitablemente generaría una guerra no limitada, y de la cual no podría desentenderse Rusia, aun cuando la U. R. S. S. por convenir así a sus específicos e inmediatos designios tácticos, tema, tanto como el resto del mundo, a que esas pugnas localizadas se conviertan en luchas de tipo auténticamente internacional.

Llegados a este punto de nuestro proceso reflexivo ya nos parece oportuno consignar una deducción que parece haber escapado a la percepción de muchos exegetas: Rusia, orientada desde 1917 hacia la articulación de una política internacional, apoyada en la organización del llamado "océano interior", torna la espalda a lo que había constituido aspiración internacional desde los tiempos de Pedro I; es cierto que los sucesores de éste, sobre todo a partir de 1878 (tras las decepciones cosechadas por Rusia en el Congreso de Berlín) practicaron una política internacional de tipo panasiático, pero no como una fin en sí, sino en cuanto instrumento destinado a lograr una salida al mar libre; en contraste, los nuevos autócratas rusos desdeñaron o por lo menos dejaron al margen la constante histórica plurisecular citada y consideraron que una adecuada organización de su amplia tierra firme, una vez alcanzada, los situaría en condiciones, no de asomarse, emergente y condicionadamente a este o al otro mar, sino a una pluralidad de océanos, pero a la grandeza de tal ambición correspondía inevitablemente la magnitud del riesgo posible. En esta etapa azarosa se encuentra actualmente Rusia, y su éxito o su fracaso están parejamente salpicados de inquietantes obstáculos. Si Yalta con sus acuerdos contribuyó —cosa que estimamos indiscutible— a la acentuación de las mastodónticas aspiraciones rusas de tipo monolítico, nos parece igualmente incuestionable que la etapa histórica, inaugurada con la firma del tratado de 1950, se presenta para la Rusia de hoy, tan salpicada de complejidades, que acaso los que actualmente participan en esa tarea, dialécticamente reprobatoria de los acuerdos crimeanos, ellos o los que les sucedan en el orden del tiempo asistan perplejos a la aparición de un epílogo cuya significación pudiera ser ésta: Rusia, en Yalta, no hizo otra cosa que cavar su propia sepultura.

V

*Eisenhower condena la técnica de la rememoración sistemática y el propósito de transformar los acuerdos de en un artificio electoral, pero otorga la específica responsabilidad por el contrainfo respecto de ambos riesgos.—La política internacional bipartita y el slogan "time for a change".—La resolución Eisenhower de 1953 y la*

*excomuni3n de las cl1usulas secretas.—An1lisis y cr1tica de los considerandos que integran la citada resoluci3n de 1953 y la tesis revisionista de la misma.—La menc3n de la Carta del Atl1ntico y lo que tal cita implica.—Examen comparativo de la plataforma electoral republicana y de la resoluci3n Eisenhower.—La enmienda Taft como expresi3n condenatoria de la pol1tica internacional de Roosevelt.—La infusi3n innovadora de Foster Dulles.—El testamento pol1tico de Robert A. Taft.*

Dando muestras de evidente cordura pol1tica, dec1a Eisenhower que no se explicaba el por qu3 del empe1o, en algunos perceptible, tendiente a retrasar en diez a1os las manecillas del reloj de la historia y traer al primer plano de las apasionadas pol3micas pol1ticas lo que hab1a sido consumado en Crimea el 11 de febrero de 1945, ya que de nada sirve especular sobre lo que hubiese podido acontecer en el supuesto de no haber sido realidad los acuerdos secretos de Yalta. Pero acaso lo que m1s estimulaba la prudencia de Eisenhower era esta otra consideraci3n: si lo acontecido en Yalta se convierte en arma pol3mica, con vista a las elecciones presidenciales de 1956, se dar1a inevitablemente al traste con el sistema que los norteamericanos denominan "bi-partisanship", que Eisenhower dice querer salvaguardar a toda costa, consejo de mesura que parece m1s bien dirigido a la impetuosa ala derecha de su propio partido. A nadie prestar1a tan gran servicio como a Rusia esa posible disparidad de fuerzas pol1ticas y se comprende perfectamente que Eisenhower trate de soslayar tal peligro.

Nada tendr1amos que oponer a las pr3dicas aunitivas del presidente Eisenhower si no tropez1semos con un precedente que, en cierto modo, las afecta, invalida que, en parte, ha posibilitado Eisenhower, sin duda, m1s que por responder a sus propias convicciones, por sentirse constre1ido a la aceptaci3n de la plataforma electoral, concebida por el partido republicano, que le design3 como mandatario y logr3 su instalaci3n en la Casa Blanca, episodio de complejidad dial3ctica que nos vemos obligados a exhumar si no queremos correr el riesgo de ofrecer una versi3n incompleta, y como tal recusable, de toda esta peripecia dial3ctica, generada con motivo de ser publicados los denominados Papeles de Yalta.

As1 como en las campa1as electorales que coincidieron con los a1os de la segunda guerra (las de 1939, 1943 y 1947), por t1cito acuerdo de los candidatos dem3crata y republicano no se aludi3 sustancialmente a problemas de pol1tica internacional, abstenci3n que posibilit3 que Byrnes considerase factible la puesta en pr1ctica de un programa de pol1tica internacional bipartita, no aconteci3 lo propio en la campa1a que antecedi3 a las elecciones presidenciales de 1952. Ya Eisenhower, en su discurso preelectoral de Detroit —24 de octubre de 1952—, despu3 de criticar la pol1tica internacional de la Administraci3n dem3crata, propugnaba como inexcusable medida la de revisar, purificar y fortalecer la pol1tica internacional norteamericana, inspir1ndose para ello en el slogan "time for a change". Eisenhower deb1a hacerse eco del programa articulado por sus ocasionales colegas republicanos, y en el cual se alude, en t3rminos condenatorios, a los pactos secretos y consiguientemente a los Acuerdos de Yalta, y a tal efecto en su discurso inaugural como Presidente de los Estados Unidos —2 de febrero de 1953—, tras de aludir a la necesidad de liberar a la pol1tica internacional norteamericana de los perniciosos efectos de un sistem1tico episodismo, anuncia el prop3sito de presentar al Congreso una resoluci3n sobre el no reconocimiento de cl1usulas secretas, incluidas en tratados internacionales y que posibiliten la esclavizaci3n de los pueblos. Dec1a Eisenhower en su mencionado discurso inaugural: "No debemos jams asentir a la esclavizaci3n de los pueblos porque ello pueda reportarnos beneficios. Yo pedir3 posteriormente al Congreso que vote una resoluci3n conjunta dando a entender claramente que este Gobierno no reconoce compromisos, contenidos en acuerdos internacionales, concluidos en el pasado con otros Gobiernos, que posibiliten esta suerte de esclavizaci3n." La alusi3n a los Acuerdos secretos

de Yalta, aun cuando Eisenhower no mencione dichos Acuerdos específicamente, es evidente. Pero el propósito presidencial, así imprecisamente formulado, explícitamente generó la formulación de reiteradas y explicables interrogantes. ¿Debían considerarse como condenados todos los pactos secretos? Tal exégesis era en cierto modo defendible, por cuanto en el programa que sirvió de plataforma al partido republicano se lee: "El Gobierno de los Estados Unidos, bajo la dirección republicana, *repudiará todos* los acuerdos contenidos en pactos secretos, como los de Yalta y Potsdam, que facilitan y ayudan a la esclavitud comunista. Hará constar *claramente*, por medio de su más alta autoridad —el Presidente del Congreso— que la política internacional de los Estados Unidos, entre sus propósitos pacíficos mira hacia la genuina y deseable independencia de los pueblos cautivos."

En cierto modo no se trataba de proceder a la instauración de una innovación peligrosa, ya que al propósito preanunciado por los republicanos equivalía a reactualizar —en cierto modo— el primer punto del mensaje de Wilson de 8 de enero de 1918: "Acuerdos de paz, concluidos abiertamente, cumplido cuyo requisito, no existirán tratados internacionales secretos *de cualquier clase que sean*; la diplomacia actuará siempre franca y públicamente." Se aprecia, sin embargo, una diferencia entre los dos textos citados, por cuanto Wilson condena *todos* los pactos secretos *de cualquier clase que sean*, en tanto Eisenhower, en su mensaje inaugural, condena específicamente los pactos de Teherán, Yalta y Potsdam, no por ser secretos, sino porque "facilitan o ayudan a la esclavitud comunista". Ahora bien, tanto la tesis incluida en la plataforma electoral republicana como las afirmaciones contenidas en el mensaje inaugural de Eisenhower difieren del texto de resolución conjunta, presentado al Congreso por Eisenhower el 20 de febrero de 1953, que dice así: "Considerando que en el curso de la segunda guerra mundial representantes de los Estados Unidos, al participar en conferencias secretas, fueron parte en varios acuerdos y convenios concernientes a otros pueblos y considerando que los dirigentes del partido comunista soviético, que hoy controlan Rusia, *en violación de la clara intención de aquellos acuerdos*, han sometido a pueblos y a naciones enteras al dominio del imperialismo totalitario, y considerando que el pueblo de los Estados Unidos, fiel a sus tradiciones y legado de libertad, nunca asentirá a cuanto signifique esclavización de un pueblo y considerando oportuno que el Congreso se una al Presidente en el sentido de dar expresión a los deseos y esperanzas de los Estados Unidos, resuelve: que el Senado y la Cámara de Representantes se unan al Presidente, declarando que los Estados Unidos *rechazarán cualquier interpretación o aplicación de acuerdos internacionales*, concluidos en el curso de la segunda guerra mundial, *que han sido violados* con el objeto de lograr la subyugación de los pueblos libres y además acuerdan, proclamando la esperanza de que los sometidos a cautividad del despotismo soviético deben nuevamente disfrutar del derecho a la autodeterminación, que habrán de tener nuevamente el derecho de elegir la forma de Gobierno, bajo la cual quieran vivir y que los derechos soberanos de *selfgovernment* deben serles restituidos, *de acuerdo con lo dispuesto en la Carta del Atlántico*."

La transcrita resolución, tal y como está redactada, equivale, no ya a propugnar una necesaria revisión de los Acuerdos de Yalta y Potsdam, sino a su virtual anulación, según nos proponemos demostrar seguidamente.

Eisenhower menciona específicamente la Carta del Atlántico, que parece utilizar como *test* respecto del problema que estamos analizando. En la Carta del Atlántico, a la cual se adhirió Rusia al signar la Declaración de las Naciones Unidas —1 enero 1942—, se estipula que los contratantes "no desean modificaciones territoriales que no estén de acuerdo con los deseos, *libremente expresados de los pueblos interesados* (párrafo segundo) y se añade que los contratantes "respetan el derecho de todo pueblo a elegir la forma de Gobierno bajo la cual quiera vivir y desean que sean reintegrados a sus derechos soberanos y en el libre ejercicio de su Gobierno



aquellos pueblos que hayan sido privados de tales beneficios por la fuerza" (párrafo tercero). Todo lo cual fué ratificado por el artículo 2.º-4 de la Carta de las Naciones Unidas, que dispone: "Los miembros de la organización, en sus controversias internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza *contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado o en cualquier forma*, incompatible con los propósitos de las Naciones Unidas". Las disposiciones transcritas y a las cuales alude Eisenhower, parecen implicar la condena de los Acuerdos de Yalta.

Ahora bien, es preciso referirse a la diferencia que se aprecia cuando se parangona la Resolución Eisenhower y las normas programáticas preelectorales del partido republicano; en estas últimas se condenan los pactos secretos, *en cuanto facilitan* la tarea sojuzgadora de Rusia; en tanto en la Resolución presidencial *no se condenan los pactos secretos, sino su violación, como medio de obtener* la subyugación de otros pueblos, tésis dispares que engendran al propio tiempo la condena de la Resolución presidencial por parte de algunos Senadores republicanos y provocan al asentimiento de los Senadores demócratas. Los Senadores republicanos asoceran que ellos encarnan la ortodoxia electoral al condenar los pactos por *perniciosos*, excomunión que así alcanza a Roosevelt y a Truman. Fruto de esa disidencia brotó la Resolución de Robert A. Taft, así concebida: "Resuelve (el Congreso) que la adopción de la Resolución Eisenhower no implica declaración del Congreso sobre validez o invalidez de alguna de las disposiciones contenidas en esos convenios". *Tésis que nos parece constitucional, ya que dichos acuerdos no han sido ratificados por los dos tercios del Senado; de ahí nuestra extrañeza al constatar que Eisenhower acusa a Rusia de violar pactos que constitucionalmente carecen de fuerza obligatoria respecto de los Estados Unidos y, claro está, que, tratados constitucionalmente inexistentes, no pueden ser violados.*

Ya Eisenhower, a lo largo de su campaña electoral, anunciara el propósito de reactualizar la Doctrina Stimson, de 7 de enero 1932, donde se declara: "El Gobierno norteamericano no reconoce tratado alguno concluido entre la China y el Japón, susceptible de afectar a los Estados Unidos o a sus ciudadanos en sus derechos e intereses en China, incluidos los de integridad territorial, conocidos con la denominación general de la política de puerta abierta". Pero esa tésis difiere de la de Eisenhower por las tres siguientes consideraciones: 1.ª Norteamérica es parte en los Acuerdos de Yalta y no en los que posibilitaron la instalación de la Gran Asia Oriental; 2.ª Stimson invoca la Doctrina—Hay Puerta Abierta—, doctrina unilateral y, por tanto, no alegable frente a acuerdos bilaterales; 3.ª La doctrina Stimson situaba a los Estados Unidos en abierta contradicción con sus propios actos, ya que Norteamérica, mediante los Acuerdos Lansing-Ishii de 1917, *reconoce al Japón intereses especiales en China, específicamente en las zonas respecto de las cuales China y Japón vivían en situación de contigüidad.*

Los Senadores republicanos se mostraron claramente opuestos a la aprobación de la Resolución Eisenhower, si a la misma no se adicionaba la enmienda Taft, alegando en favor de la necesidad de esa inclusión: 1.º, que la Resolución Eisenhower implicaba desacuerdo respecto de la plataforma electoral republicana que condenaba los pactos secretos; 2.º que dicha Resolución no tiene en cuenta otra Resolución senatorial de 1952, en la cual se hace constar, que la aprobación por el Senado del tratado de paz con el Japón, no implica reconocimiento de los supuestos derechos de Rusia sobre territorios que antes pertenecían al Japón; 3.º, que los acuerdos secretos citados, en virtud de la cláusula *rebus sic stantibus*, habían perdido vigencia. Por su parte, los senadores demócratas destacaban la inconsistencia de la Resolución Taft, en la cual se alude a la violación, por parte de Rusia, de convenios que, según el propio Taft, carecen de validez constitucional.

De todo cuanto dejamos expuesto, parece adecuado deducir que Eisenhower, queriendo articular una política internacional concorde, genera una clara escisión representada por la conformidad de los Senadores demócratas y la discrepancia de los Senadores republicanos, posiciones dispares que portarán una clara desilusión a los países subyugados y que ansían, explicablemente, recabar su plena soberanía.

La doctrina del no reconocimiento fué ampliada por Foster Dulles al declarar que es preciso incrustar en la conciencia del mundo libre esta triple verdad: a), lo dinámico y activo, prevalece siempre a lo estático y pasivo; b), las fuerzas espirituales son más poderosas que las materiales; c), sólo los que elevan la ley moral a base normativa de conducta, pueden huir del desastre. Así quiere reducirse la política internacional a la trilogía de dinamismo, idealismo y moralismo. De ese modo considera Foster Dulles posible llevar un rayo de esperanza a los pueblos esclavizados, huyendo de la política de contención propugnada por George F. Kennan ("American Diplomacy, 1900-1950". The University of Chicago Press, 1952).

El 26 de mayo de 1953, Robert A. Taft—junior—lee en Cincinnati (Ohio) el discurso que había de ser el último de su padre. En el citado discurso deben destacarse los siguientes puntos: 1.º, la política de contención, irrealizable en las Naciones Unidas, por la interposición del veto, sólo puede alcanzarse mediante alianzas militares; 2.º, la Asamblea General es impotente frente al veto, aparte del absurdo que supone que los Estados Unidos, en la Asamblea, tengan un voto frente a 59; 3.º, si el armisticio en Corea se obtiene a base de una Corea dividida, quedará un millón de soldados chinos en libertad para atacar en Indochina y Birmania; 4.º, los Estados Unidos deben reservarse entera libertad de acción, desligándose de toda conexión con la O. N. U.; 5.º, es preciso modificar la estructura de la O. N. U., con la plural eliminación de la agresión y el veto; 6.º, es inexplicable la presencia de efectivos norteamericanos en Europa, por cuanto es el viejo mundo quien debe hacer frente al problema de su propia defensa; 7.º, no oposición al comunismo a escala universal, ya que Francia e Inglaterra están inclinadas a tratar con Rusia, reconocerle una esfera de influencia y entregarle polacos, chinos y búlgaros a cambio de una reducción de armamento y de entablamiento negociaciones comerciales entre el Este y el Oeste. A esta política internacional propugnada por Taft, se le denominó sistema del "go it alone". Taft, en realidad, vacía la política internacional norteamericana de todo contenido y ello por cuatro consideraciones: 1.ª, la retirada de las tropas norteamericanas de Europa hundiría el Pacto Atlántico; 2.ª, el derecho de veto sólo es eliminable constitucionalmente, contando con la aquiescencia rusa y si la U. R. S. S. se retira, la O. N. U. quedaría desecada; 3.ª, aseverar, como lo hace Taft, que la ayuda norteamericana, por motivos económicos, sólo puede prestarse a corto plazo, equivale a fortalecer la tesis de Stalin, a tenor de la cual, el rearme progresivo aceleraría el proceso de descomposición del mundo capitalista; 4.ª, con el sistema del "go it alone", se fortalecerían en la Europa occidental, tanto los neutralismos, cuanto la política internacional inhibitoria y neutralista.

## VI

*Nuestras conclusiones, que estimamos lógica consecuencia del análisis precedente.*

Suponemos que el lector de estos CUADERNOS, una vez conocidas las consideraciones que anteceden y relacionándolas con la polémica generada por la publicación de los Papeles de Yalta, se explicará acaso la razón de ser nuestra tesis.

que, substancialmente, puede formularse del siguiente modo: no fué preciso esperar a la publicación de Papeles de Yalta para percibir la aparición de una perceptible guerra polémica en el conjunto integrado por los dos grandes partidos políticos norteamericanos. La pugna dialéctica, en realidad, se iniciará al confeccionar el partido republicano su programa electoral, incluyendo en el mismo el extremo concerniente a la excomunión de los pactos secretos. Dicha batalla prosiguió, incluso encarnizándose polémicamente al presentar Eisenhower ante el Congreso su tan debatida y criticada Resolución. Ambos hechos engendraron una perceptible escisión en los medios políticos norteamericanos y afectaron de modo sustancial a la puesta en práctica de una política internacional bipartita, tal y como la propugnara Birnes y de la que es, aun hoy, vocero el Presidente Eisenhower. De donde se induce que no fué necesario publicar los Papeles de Yalta para retrotraerse a la polémica generada en torno a los acuerdos secretos de 1945, ya que en 1952 y 1953, la citada disensión se había producido en términos acusadamente antitéticos. De ahí que las apelaciones de Eisenhower a sus conciudadanos para que clausuren una polémica, cuya prolongación estima el Presidente altamente peligrosa no debe desconectarse de la siguiente consideración: Eisenhower, como candidato a la Presidencia e incluso como huésped de la Casa Blanca, actuó en posición de beligerencia, antecedente de contendencia, que, en los instantes presentes, afecta innegablemente a la posición de equidistancia que ahora propugna Eisenhower, con olvido de antecedentes, que por constituir adecuados elementos de juicio, no pueden ser desdeñados. Tarde o temprano será dable comprobar que la publicación de los Papeles de Yalta ha contribuido a dificultar la articulación de una política internacional norteamericana coherente, que tal impedimento incrementará la perplejidad, no sólo de los Estados Unidos, sino del llamado mundo libre y una y otra cosa, en contraste siniestro, cooperarán en el sentido de acentuar los efectos disociadores de la sedicente "guerra fría".

Camilo BARCIA TRELLES

# DOCUMENTOS DE YALTA

## 1.º SELECCIÓN

### I

*De toda la extensa documentación de las Conferencias celebradas en Yalta en febrero de 1945 y que fué publicada íntegramente en el número extraordinario del "New York Times" del día 17 de marzo del año en curso, se han seleccionado todos aquellos documentos que creemos tienen un mayor interés para los lectores de la Revista. Hemos prescindido, por ejemplo, de la larga serie de cartas intercambiadas por los tres Jefes de Estado sobre la preparación y elección del lugar de la Conferencia así como de otros documentos de interés puramente militar, por no hacer interminable esta publicación.*

Iniciamos hoy la tarea recogiendo los documentos relativos a la entrevista Roosevelt-Stalin, celebrada una hora antes de la apertura de la primera sesión plenaria, y los correspondientes a esta reunión.

#### ENTREVISTA ROOSEVELT-STALIN CELEBRADA EN EL PALACIO LIVADIA, DE YALTA, EL DÍA 4 DE FEBRERO DE 1945 A LAS CUATRO DE LA TARDE

Se hallan presentes, también, Mr. Bohlen, por los Estados Unidos, y Molotov y Pavlov, por la Unión Soviética.

Notas tomadas por Bohlen.

Altamente secreto.

Asunto: Cuestiones generales.

Después de un intercambio de frases corteses durante las cuales el Presidente dió las gracias al Mariscal Stalin por todos los esfuerzos hechos con el fin de lograr su mayor comodidad, el Presidente dijo que la situación militar había mejorado considerablemente desde la última vez que se habían reunido.

El Mariscal Stalin respondió que efectivamente así era y que los ejércitos soviéticos estaban avanzando victoriosamente más allá de la línea del Oder.

El Presidente contestó que había hecho, durante su viaje a Yalta a bordo del crucero, varias apuestas sobre si los rusos ocuparían Berlín antes que los americanos conquistasen Manila.

El Mariscal Stalin dijo que estaba seguro de que los americanos ocuparían Manila antes de que los rusos alcanzasen Berlín, ya que en aquel momento estaba luchándose muy fuertemente en la línea del Oder.

Después se habló sobre el clima y demás características de Crimea. El Presidente dijo que le había impresionado mucho las grandes destrucciones que los alemanes habían llevado a cabo en Crimea y que debido a ello se sentía mucho más "sanguinario" (textualmente: "bloodthirsty") respecto a los alemanes que un año antes.

Añadió que esperaba que el Mariscal Stalin propondría de nuevo un brindis por la ejecución de los 50.000 oficiales del Ejército alemán.

El Mariscal Stalin respondió que, a causa de la honrada sangre derramada en la lucha con los alemanes, todos se sentían ahora más sanguinarios que se habían sentido un año antes, añadiendo que las destrucciones de Crimea no eran nada en comparación con las que habían tenido lugar en Ucrania. Dijo que en Crimea los alemanes habían estado flanqueados por los rusos y habían tenido poco tiempo para llevar a cabo sus proyectos de destrucción, mientras que en Ucrania los habían cumplido metódicamente. Dijo que los alemanes eran salvajes y parecían odiar con un odio sádico el trabajo creador de los seres humanos.

El Presidente mostró su conformidad con esta opinión. El Presidente añadió que el General Marshall, en la reunión que iba a tener lugar a las cinco, haría un detallado análisis de la situación, pero que él podía adelantar ahora que se había planeado llevar a cabo una ofensiva el día 8 de febrero y otra el 12, si bien el golpe decisivo de los ejércitos americanos en el frente Occidental, tendría lugar en marzo.

El Mariscal Stalin expresó su satisfacción por estas noticias y dijo que el General Antonov, del Estado Mayor General Soviético, haría también en la reunión de las cinco una detallada exposición de la situación en el frente Oriental. Añadió que si fuera posible conquistar las regiones del Ruhr y del Sarre, los alemanes se verían privados de todos los recursos de carbón, puesto que los rusos habían ya conquistado la cuenca de Silesia.

El Presidente dijo que creía que los ejércitos se estaban ya acercando lo suficiente como para poder mantener un contacto más estrecho entre ambos, y que esperaba que el General Eisenhower podría comunicarse directamente con el Estado Mayor soviético mejor que hacerlo a través de los Jefes de Estado Mayor en Londres y Washington como anteriormente. El Mariscal Stalin mostró su conformidad y, después de considerar la idea del Presidente como muy importante, dijo que los Estados Mayores, mientras permanecieran aquí, podrían estudiar los detalles de la sugerencia del Presidente. Añadió que si a los alemanes se les privaba de todo su carbón, teniendo en cuenta que ya se hallaban también escasos de alimentos, era posible que el colapso de Alemania se produjese antes de su total derrota militar.

El Presidente preguntó si las cabezas de puente soviéticas sobre el Oder estaban para emprender una ulterior acción ofensiva.

El Mariscal Stalin contestó que a causa de esas cabezas de puente, que eran cinco o seis, estaban desarrollándose fieras batallas en el frente Este.

El Presidente dijo que uno de los inconvenientes del frente occidental era que nosotros no habíamos establecido firmes cabezas de puente y que en el Alto Rin la corriente arrastraba hielos flotantes y era tan fuerte que la colocación de pontones se hacía muy difícil, pero que el General Eisenhower creía que una vez que llegase al Rin podría atravesarlo, aunque no esperaba poder hacerlo antes de marzo. Añadió que los ingleses habían querido que se efectuase un más importante cruce del Rin en el sector norte de Holanda, pero que puesto que nosotros teníamos un número cuatro veces mayor de hombres en Francia que tenían los ingleses, podíamos permitirnos la elección de cruzarlo, bien en Holanda o bien en la región de Mainz.

Después, el Presidente preguntó al Mariscal Stalin qué tal se llevaba con el General De Gaulle. El Mariscal Stalin respondió que no había encontrado que De Gaulle fuera una persona demasiado complicada, pero que creía que estaba fuera de la realidad, ya que Francia no había luchado excesivamente en esta guerra y, sin embargo, De Gaulle pedía iguales derechos que los americanos, los ingleses y los rusos, que eran los que habían soportado el peso principal de la lucha.

El Presidente relató a continuación su conversación con De Gaulle en Casa Blanca, de dos años antes, en la que De Gaulle se comparó a sí mismo con Juana

de Arco, como jefe espiritual de Francia, y con Clemenceau como jefe político.

El Mariscal Stalin contestó que De Gaulle parecía no conocer la situación de Francia y que la realidad mostraba que la contribución francesa, en el momento actual, a las operaciones militares del frente occidental, era muy pequeña y que en 1940 Francia no luchó absolutamente nada.

El Presidente dijo que había decidido últimamente armar ocho nuevas divisiones francesas a base de franceses que hayan tenido ya un previo entrenamiento militar.

El Mariscal Stalin dijo que lo consideraba una buena medida, ya que ello constituiría una ayuda a los ejércitos americanos, pero que en el momento actual él creía que el ejército de De Gaulle era muy débil.

El Presidente dijo que había oído recientemente que el Gobierno francés no planeaba anexionarse abiertamente ningún territorio alemán determinado, pero que sí deseaba obtener su colocación bajo control internacional.

El Mariscal Stalin dijo que eso no era lo que De Gaulle le había dicho a él en Moscú, en cuya ocasión el General afirmó que el Rhin era la frontera natural de Francia y que deseaba mantener allí, permanentemente, tropas francesas.

El Presidente dijo que quería ahora contar al Mariscal algo que tenía carácter de indiscreto, y de lo cual no quería hablar ante el Primer Ministro Churchill. Ello era, dijo, que los ingleses durante dos años habían tenido la idea de incrementar artificialmente el poderío de Francia hasta hacerla capaz de poder mantener 200.000 hombres en su frontera oriental, que pudieran conservar la línea de defensa durante el plazo necesario para dar tiempo a la organización de un fuerte ejército británico. Añadió que el "inglés era un pueblo muy especial" y que los ingleses querían siempre "repicar y estar también en la procesión" (textualmente: "to have their cake and eat it too").

El Presidente dijo después, que él entendía que el reparto de Alemania en tres zonas, después de su ocupación, era ya cosa hecha y que el Mariscal Stalin parecía estar de acuerdo con ello también, pero que una importante cuestión era la referente a la Zona de ocupación francesa. El Presidente dijo que había tenido muchos disgustos con los ingleses a causa de las zonas de ocupación. Dijo que él hubiera preferido que los americanos tuviesen la zona noroeste, la cual sería independiente respecto a las comunicaciones a través de Francia, pero los ingleses parecían pensar que los americanos restaurarían el orden en Francia y después devolverían el control político a los ingleses.

El Mariscal Stalin preguntó si el Presidente pensaba que Francia debía tener una zona de ocupación y por qué motivo.

El Presidente dijo que él creía que no era una mala idea, pero añadió que se hacía solamente por mero favor. Tanto el Mariscal Stalin como Mr. Molotov, afirmaron enérgicamente que ésa sería la única razón para conceder a Francia una zona de ocupación.

El Mariscal Stalin dijo que la cuestión debería ser examinada posteriormente aquí en Yalta.

Como eran las cinco menos tres minutos, el Presidente dijo que creía debían entrar en el salón de conferencias, donde se hallaban reunidos los Estados Mayores militares.

(Las notas indican que el Presidente se entrevistó con Hopkins Matthews y Bohlen el 4 de febrero a las cuatro y media. No se ha encontrado ningún apunte o documento de tal reunión y no existe ninguna otra prueba que demuestre que realmente llegase a celebrarse.)

## PRIMERA SESION PLENARIA CELEBRADA EL 4 DE FEBRERO DE 1945, A LAS 5 DE LA TARDE, EN EL PALACIO LIVADIA, EN YALTA

Se hallan presentes:

Por los Estados Unidos: Roosevelt, Stettinius, el Almirante Leahy, el General Marshall, el Almirante King, el Comandante General Kuter, el Comandante General Deane, el Brigadier General Mc-Farland, Harriman y Bohlen.

Por Inglaterra: Churchill, Eden, el Mariscal de Campo Brooke, el Mariscal de las Reales Fuerzas Aéreas Portal, el Almirante Cunningham, el Mariscal de Campo Alexander, el General Ismay y el Comandante Birse.

Por la U. R. S. S.: Stalin, Molotov, el General del Ejército Antonov, el General de Aviación Khudyakov, el Almirante Kuznetsov, Vishinsky, Gromyko, Gusev, Maisky y Pavlov.

Notas tomadas por Bohlen.

Altamente secreto.

Asunto: La situación militar.

El Mariscal Stalin dijo que esperaba que el Presidente consintiese de nuevo en abrir la reunión. El Presidente contestó que el hecho de que fuera él el que abriese esta reunión, como había ocurrido también en la Conferencia de Teherán, no era debido a ninguna ley o tradición histórica, sino, simplemente, a la casualidad. Dijo que se sentía muy honrado de abrir esta gran Conferencia, y que deseaba, antes de nada, expresar, en nombre de los americanos que se encuentran aquí en calidad de huéspedes, su profundo agradecimiento por la hospitalidad con que se les ha recibido, y por las extraordinarias comodidades que el Mariscal Stalin y sus ayudantes les han proporcionado.

Dijo que sabía que la totalidad del pueblo que él representaba deseaba la paz por encima de todo y que terminase la guerra lo más pronto posible. Dijo que creía nos entendíamos mucho mejor ahora que en el pasado, y que nuestro mutuo entendimiento iba siendo mayor de día en día. Por esta razón—afirmó—creía acertado proponer que las conversaciones se celebrasen de una manera más bien informal, de forma que cada uno pudiera expresar sus opiniones franca y libremente, ya que él se había dado cuenta, a través de sus muchos años de experiencia, de que la mejor forma de resolver los asuntos rápidamente era por medio de conversaciones francas y sin trabas de ninguna clase.

Dijo que sabía que mientras ellos estuvieran aquí, en Yalta, hablarían de todas las cuestiones, pero que creía que las cuestiones militares, especialmente las del frente más importante de todos, es decir, las del frente oriental, debían ser examinadas hoy.

Dijo que deseaba añadir que cuando los Ejércitos Rojos se adentraron 25 kilómetros en territorio alemán era difícil saber si había sido el pueblo soviético o los de los EE. UU. e Inglaterra los que se habían emocionado más. A continuación el Presidente dijo que creía sería conveniente que el Mariscal pidiera a uno de sus Jefes del Estado Mayor que hiciera un detallado examen de la situación en el frente oriental.

El General Antonov procedió entonces a leer un informe que llevaba preparado, en el que se analizaban con gran detalle los preparativos y el desarrollo de la ofensiva soviética de primeros de enero, la estimación de las posibilidades del enemigo y los resultados de la ofensiva. Terminó con la lectura de unas notas en las que se recogían los deseos del Gobierno soviético respecto a las operaciones de sus aliados. Respecto a la parte del informe soviético, en la que el General

Antonov hacía referencia al número de divisiones alemanas que estaban siendo trasladadas al Este; el Primer Ministro preguntó si se le podían dar más detalles en cuanto al lugar de su procedencia. El General Antonov manifestó que ellos creían que cinco divisiones alemanas de Noruega, doce del frente occidental, ocho de Italia y otras ocho del interior de Alemania serían trasladadas al frente oriental para reforzar el frente.

El Presidente preguntó luego si en el avance por territorio alemán los rusos habían procedido a cambiar el ancho de vía de los ferrocarriles, que era el usual en Europa, con objeto de adaptarlo al más amplio de los rusos.

El General Antonov contestó que la mayoría de las locomotoras y vagones que ellos habían cogido a los alemanes estaban tan terriblemente averiadas, que no habían podido utilizarse, y que por esta razón había sido necesario aumentar el ancho de los rieles de algunas líneas importantes, a fin de que el material rodante ruso pudiese estar en condiciones de aprovisionar a las tropas.

El Presidente dijo que como nuestros ejércitos respectivos se estaban aproximando el uno al otro en Alemania, era importante que los Estados Mayores examinaran este problema, a fin de fijar un lugar determinado en Alemania donde los diferentes anchos de vía pudieran encontrarse.

El Mariscal Stalin respondió al Presidente que la mayor parte de las líneas de ferrocarriles alemanas conservarían su ancho de vía acostumbrado, y que no había sido por simple capricho, sino por absoluta necesidad, que algunas de ellas habían sido cambiadas, ya que la Unión soviética no poseía los medios necesarios para efectuar este cambio en mayor extensión que la estrictamente necesaria.

El Primer Ministro dijo entonces que tenía preparadas una serie de preguntas relacionadas con el informe del General Antonov, y que creía que los Estados Mayores anglo-americano y ruso, que se hallaban reunidos aquí por primera vez, podrían discutir por sí solos todas estas cuestiones técnico-militares. Añadió que una cosa importante, por ejemplo, era averiguar cuánto tiempo llevaría al enemigo trasladar aquellas divisiones desde Italia y el frente occidental al frente oriental, y si los aliados podrían ser más útiles reforzando el frente occidental, o dejando las divisiones en Italia, o trasladándolas a través del Adriático a los Balcanes. Después sugirió que el General Marshall, con la venia del Presidente, hiciese una descripción de las operaciones en el frente occidental.

Entonces, el General Marshall hizo el siguiente resumen de la situación en el frente del Oeste:

La bolsa de las Ardenas había sido ya eliminada, y en algunos sitios los ejércitos aliados estaban situados más al este que cuando los alemanes iniciaron su ofensiva. Durante la semana última el general Eisenhower se había dedicado a reagrupar sus divisiones con vistas a una futura acción ofensiva y a liquidar las bolsas enemigas del sector meridional del frente al norte de Suiza. Estaba también ejerciendo fuerte presión en la base del entrante de las Ardenas con el propósito de averiguar si los alemanes tenían aún la suficiente fuerza para oponerse con éxito a una maniobra de nuestras tropas en dirección noreste, camino de Bonn, o si tal operación requeriría una preparación especial. Había comprobado que la resistencia alemana era demasiado fuerte y hacía cuatro días que las operaciones en aquel sector habían cesado, y que se había comenzado a trasladar las divisiones al norte. Las operaciones que se estaban llevando a cabo al norte de Suiza estaban encaminadas a lograr la total eliminación de las posiciones alemanas alrededor de Mulhausen y Colmar. Colmar había sido ya conquistado, pero el primer Ejército francés estaba avanzando muy lentamente al norte de Mulhausen. Pequeñas cabezas de puente alemanas al norte de Estrasburgo estaban siendo eliminadas. Cuando nuestras fuerzas hayan alcanzado el Rin podrán quedar libres varias divisiones a consecuencia del subsiguiente acortamiento del frente.

El Mariscal de Campo Montgomery, que manda el 21 Grupo de Ejércitos bri-



tánicos y el 9.º Ejército de los Estados Unidos, está preparando una acción ofensiva en dirección sureste, hacia el norte de Dusseldorf. El 9.º Ejército tiene planeada una operación de apoyo en dirección noreste, hacia el mismo objetivo. La primera de estas operaciones se espera que comience el día 8 de febrero, y la segunda, una semana después, aproximadamente. Estas dos operaciones tienen por objeto arrojar a los alemanes al este del Rhin y cruzar el río al norte del Ruhr.

Esta operación constituirá el golpe principal de los ejércitos anglo-americanos. Divisiones aerotransportadas, utilizadas en gran número, tomarán tierra al este del Rhin.

El cruce del Rhin es considerado como posible a partir del primero de marzo. Aunque también se intentaría el cruce, si se llega al Rhin antes de la fecha indicada, la operación sería muy peligrosa a causa de los hielos que arrastra el río y de su fuerte corriente. Existen tres sitios en este sector que reúnen buenas condiciones para el cruce, y también se puede intentar por un cuarto. En el sector del actual frente de asalto solamente pueden maniobrar cinco divisiones.

En el Sur, el ala izquierda del primer Ejército de los Estados Unidos está intentando llevar a cabo la captura de dos presas del río Ruhr. A pesar de la acción aérea esas presas han permanecido intactas, y puede existir la posibilidad de que peligren nuestras posiciones en aquella zona si los alemanes se deciden a abrir sus compuertas.

Se han elaborado los planes para hacer un esfuerzo secundario en la región de Francfort, como una alternativa para el caso de que la operación principal en el Norte sufriese un contratiempo.

Las operaciones militares en el frente occidental se vieron restringidas a causa de la insuficiencia de los abastecimientos marítimos. La apertura del puerto de Antwerp ha remediado esta situación, y los ejércitos están recibiendo ya los abastecimientos necesarios. La utilización de la ciudad de Rouen ha facilitado el transporte de todos estos abastecimientos. Ahora es posible servir diariamente de 75 a 80.000 toneladas de cargamento seco y de 12 a 15.000 toneladas de cargamento líquido. Los alemanes están tratando de impedir la utilización del puerto de Antwerp por medio de bombas robot, "rockets" y ataques aéreos esporádicos. Anteayer cayeron en la ciudad de Antwerp sesenta bombas robot y seis "rockets". Resultó destruido un barco y un depósito de petróleo hizo explosión. El peligro principal reside en que un impacto de suerte puede producir la destrucción de las compuertas de las esclusas del puerto. Cuando el tiempo lo ha permitido las Fuerzas Aéreas americanas han sido extraordinariamente activas en la destrucción de transportes enemigos, líneas ferroviarias y convoyes de tropas, especialmente en las vías de comunicación que llevan a Cologne.

El Mariscal Stalin preguntó entonces si se había hecho algún cálculo preciso de las destrucciones reales llevadas a cabo por las fuerzas aéreas tácticas. El General Marshall contestó que él no poseía datos exactos, pero que la destrucción había sido muy considerable. De acuerdo con los datos actuales, la producción alemana de petróleo ha quedado reducida a un veinte por ciento aproximadamente de su capacidad anterior como resultado de los grandes bombardeos de los aliados.

Los bombardeos aliados han alcanzado también fábricas de tanques y de motores de transporte, nudos ferroviarios y astilleros. En estas operaciones han participado los bombarderos pesados procedentes de Italia, los cuales, cuando el tiempo no permitía asestar el golpe sobre Alemania, operaban en el valle del Po y sobre las líneas de comunicación ferroviaria entre Italia y Alemania.

Contestando a una pregunta, el General Marshall informó que había aproximadamente unas 32 divisiones enemigas en el frente de Italia; de ellas, 27 alemanas y cinco italianas, las cuales se enfrentaban a un número aproximadamente igual de divisiones aliadas. En este frente las Fuerzas aliadas aventajaban al enemigo

en fuerzas aéreas. El General Marshall hizo una breve referencia al peligro submarino, el cual—afirmó—era más amenazador ahora que lo había sido en el pasado, debido en gran parte a las grandes mejoras técnicas implantadas por los alemanes. En el tiempo en que tuvieron lugar los desembarcos aliados en Africa había unos cien submarinos enemigos operando en el Atlántico. En el momento actual habrá unos 30 ó 35 en el Atlántico, y su amenaza es más potencial que real. Dijo que se habían presentado dificultades al intentar atacar a los submarinos enemigos que operaban en los bajíos que existen alrededor de las Islas Británicas, a causa de que la marea hacía difícil su localización por el ASDIC. Los bombarderos pesados aliados habían bombardeado fuertemente los refugios y astilleros de los submarinos enemigos, pero, sin embargo, se seguía concediendo prioridad a la producción enemiga de petróleo y a los centros de refinación.

El General Marshall terminó diciendo que el Mariscal de Campo Brooke podría tener algo que añadir al informe que acababa de hacer sobre la situación militar.

El Primer Ministro dijo que esperaba que el Mariscal de Campo Brooke tendría algunas noticias que dar, pero que, sin duda, el Almirante Cunningham podría hablar de la ayuda que los ejércitos soviéticos podrían proporcionar en la lucha contra los "U-boats", ya que Dantzig era el principal sitio de su construcción.

El Mariscal Stalin preguntó cuáles eran los otros sitios.

El Almirante Cunningham respondió que Kiel y Hamburgo.

El Primer Ministro dijo que habíamos adquirido gran experiencia, gracias a las fuerzas de los Estados Unidos, en atravesar los mares para efectuar operaciones de desembarco, pero que esperábamos beneficiarnos también de la experiencia de los rusos en cuanto al cruce de los ríos. Había aquí un oficial especialmente encargado de estudiar estas cuestiones y esperaba que podría entrar en contacto con el Estado Mayor ruso para ello.

El Mariscal Stalin hizo después una serie de preguntas concernientes principalmente al potencial de que los anglo-americanos dispondrían en el sector nor-este y en los lugares designados para los ataques de los días 8 y 15 de febrero. Dijo que en el frente central de Polonia el Ejército soviético había tenido una superioridad de más de 100 divisiones sobre los alemanes, así como una abrumadora supremacía artillera. Añadió que ellos habían llegado a tener 9.000 aviones en un frente relativamente corto, en Polonia oriental. Dijo que el Ejército rojo había dispuesto también de 9.000 tanques en el sector donde se efectuó la ruptura del frente central.

El General Marshall dijo que una de cada tres divisiones aliadas era acorazada, y poseía de 200 a 300 unidades. Hubo alguna discusión respecto a las fuerzas alemanas y las divisiones aliadas, y el General Marshall intervino para decir que una división Panzer con la que ellos habían luchado en el frente occidental poseía un complemento de 23.000 hombres, de lo que el Mariscal Stalin se sorprendió. El Primer Ministro dijo que él tenía entendido que la división inglesa estaba compuesta de 18.000 hombres y la americana de 14.000, con divisiones de tanques de unos 10.000 hombres aproximadamente.

Sir Charles Portal, contestando a una pregunta del Mariscal Stalin, dijo que nosotros tendríamos de 8 a 9.000 aviones en el sector del frente occidental elegido para el ataque. De estos aviones—añadió—, 4.000 serían bombarderos pesados anglo-americanos, capaces de transportar tres o cuatro toneladas de bombas cada uno.

El Primer Ministro, contestando a la observación hecha por el Mariscal Stalin de que ellos tenían 180 divisiones soviéticas contra 80 de los alemanes en el frente central de Polonia, dijo que los ejércitos anglo-americanos nunca habían tenido superioridad en potencial humano, sino en el aéreo y en el número de divisiones acorazadas. El General Marshall manifestó que diez días antes eran

79 divisiones alemanas las que se enfrentaban con 78 angio-americanas en el frente occidental.

El Mariscal Stalin dijo después que en la actual ofensiva los ejércitos soviéticos habían disfrutado de supremacía artillera en una proporción de 4 a 1, e hizo a continuación una breve descripción de la forma en que los soviets habían organizado sus divisiones de choque de artillería. Dijo que estas divisiones de artillería poseían de 300 a 400 cañones cada una, y que lo mismo que en las operaciones ofensivas, el cuerpo de artillería era también incrementado durante el período de ataque.

Por ejemplo, en un frente de 35 a 45 kilómetros, el Mariscal Kon había dispuesto de seis divisiones de choque de artillería y el Cuerpo artillero, lo cual significaba que por cada kilómetro había allí unos 230 cañones de grueso calibre. El resultado fué que, después de dos horas de bombardeo, se consiguió abrir una brecha en el frente, a través de la cual las fuerzas soviéticas avanzaron 15 kilómetros. El primer día las pérdidas alemanas entre muertos y heridos fueron muy importantes, y los sobrevivientes quedaron grandemente postrados a consecuencia del "shock" que les produjo el bombardeo. El Mariscal Stalin dijo después que ellos habían explicado ya qué es lo que querían de los aliados, pero que del resultado de las conversaciones que se habían celebrado se desprendía que sus deseos habían sido ya realizados, y preguntó que cuáles eran los deseos de los aliados respecto al Ejército Rojo.

El Primer Ministro dijo que antes de nada deseaba expresar la gratitud de Inglaterra, y que estaba seguro que también de América, por los éxitos y la sólida potencia de la ofensiva soviética.

El Mariscal Stalin respondió que eso no era un deseo. El Mariscal Stalin dijo a continuación que la Unión Soviética no se hallaba ligada a ningún acuerdo de Teherán que la obligase a emprender una nueva ofensiva invernal, y que, a pesar de lo que algunos habían pensado, no se había recibido ninguna petición del Presidente o del Primer Ministro en relación con tal ofensiva. El Presidente le había pedido, dijo, que recibiese a un representante del Estado Mayor del General Eisenhower, el Mariscal del Aire Tedder, para discutir la situación, y que él, desde luego, había accedido inmediatamente. Dijo que hacía mención de este hecho solamente con el fin de subrayar el espíritu que animaba a los dirigentes soviéticos, quienes no solamente cumplían con sus obligaciones formales, sino que iban más allá e intervenían en todo aquello que ellos consideraban como un deber moral respecto a sus aliados. Dijo que el Mariscal del Aire Tedder había expresado el deseo, que él creía era también el del Presidente y el del Primer Ministro, de que el Ejército soviético continuara sus operaciones ofensivas hasta fines de marzo. El Mariscal Stalin dijo que se haría así si el tiempo y las condiciones de las carreteras lo permitían. \*

El Presidente dijo que estaba completamente de acuerdo con lo dicho por el Mariscal Stalin, puesto que en la conferencia de Teherán se había acordado simplemente que cada uno de los participantes debería entrar en acción tan rápidamente como fuera posible contra el enemigo común. Añadió que él mismo se hallaba por entonces en trance de enfrentarse con unas elecciones, y que ello hacía imposible el hacer proyectos detallados para un futuro lejano. Nuestros ejércitos también se hallaban en aquel momento separados por muchas millas. Sin embargo, añadió el Presidente, conforme se fuesen aproximando nuestros ejércitos el uno al otro sería posible ir coordinando más estrechamente nuestros planes estratégicos. El Primer Ministro hizo notar que la razón por la cual no se había hecho ninguna petición al Mariscal Stalin era debida a la absoluta confianza que tanto él como el Presidente tenían en el Mariscal y en el pueblo ruso, y en la eficiencia del Ejército soviético. Por eso no se había creído necesario cerrar ningún trato. El había tenido siempre plena confianza en que siempre que fuese

posible iniciar una ofensiva, el Ejército Rojo atacaría. El Primer Ministro añadió que fueran cuales fuesen las conversaciones que el Mariscal del Aire Tedder hubiera mantenido en Moscú, él creía que era de la mayor importancia el que los Tres Estados Mayores, que se hallaban reunidos aquí por primera vez, procedieran a elaborar en común y concienzudamente los planes detallados para coordinar los ataques combinados que se iban a lanzar contra Alemania, de tal forma que si la ofensiva soviética tuviera que pararse a causa del tiempo o de las malas condiciones de las carreteras, los Ejércitos aliados pudieran iniciar, acto seguido, sus ataques. Lo mejor de todo sería que ambos ejércitos atacaran simultáneamente desde el Este y el Oeste.

El Mariscal Stalin mostró su conformidad con el Primer Ministro, pero manifestó que debían tener en cuenta la posibilidad, como ya había sucedido, de que cuando los ejércitos anglo-americanos estuvieran llevando a cabo una ofensiva en el Oeste, los ejércitos soviéticos no estuviesen todavía preparados, y viceversa. Creía que sería más útil para los Estados Mayores el estudiar la organización de una ofensiva de verano contra Alemania, ya que él no estaba muy seguro de que la guerra pudiera terminar antes del verano.

Mr. Churchill contestó que compartía plenamente el criterio del Mariscal y que deberíamos obtener el mayor provecho posible de esta reunión.

#### REUNION TRIPARTITA CON MOTIVO DE LA CENA DEL 4 DE FEBRERO DE 1945, A LAS 8,30 P. M.

El Mariscal Stalin se mostró de acuerdo en que, desde luego, las ofensivas no habían estado perfectamente sincronizadas y que se debía ahora poner manos a la obra para lograrlo. Añadió que creía que sería también una buena idea el estudiar la posibilidad de organizar una ofensiva de verano, ya que no estaba seguro del todo de que la guerra hubiera terminado para entonces.

El Almirante Cunningham dijo que quería añadir algo al informe del General Marshall sobre la guerra submarina. Dijo que, aunque la amenaza era muy grande en teoría, por el momento no era muy seria. La cuestión es, sin embargo, que los alemanes están construyendo en gran cantidad nuevos tipos de "U-boats". Teniendo en cuenta que estas unidades podrían desarrollar grandes velocidades submarinas y estar dotadas de los últimos adelantos técnicos, sería muy difícil para las fuerzas aliadas aéreas y de superficie competir con ellas. Los nuevos submarinos estaban siendo construidos, según el sistema de prefabricación, en Bremen, Hamburgo y Dantzig. Su mayor deseo, como marino que era, era que los rusos ocuparan Dantzig tan rápidamente como fuera posible, ya que alrededor del 30 por 100 de los "U-boats" estaban siendo construidos allí.

Contestando a una pregunta del Presidente, el Mariscal Stalin dijo que Dantzig no se hallaba todavía al alcance de la artillería soviética, pero que esperaba que lo estuviera pronto.

La conversación derivó después hacia el momento y lugar de la próxima reunión. Después de breve discusión se acordó que los Estados Mayores de las tres naciones se reunirían al mediodía del lunes 5 de febrero en el Cuartel General de la Delegación rusa.

## LIVADIA PALACE

Se hallan presentes:

Por los Estados Unidos:

El Presidente Roosevelt.

El Secretario Stettinius.

Mr. Byrnes.

Mr. Harriman.

Mr. Bohlen.

Por el Reino Unido:

El Primer Ministro Churchill.

El Foreign Secretary Eden.

Sir Archibald Clark Kerr.

El Comandante Birse.

Por la Unión Soviética:

El Mariscal Stalin.

El Comisario para Asuntos Exteriores Molotov.

Mr. Vishinsky.

Mr. Gromyko.

Mr. Pavlov.

Notas tomadas por Bohlen.

Altamente secreto

Asunto: Intervención de las pequeñas potencias en la organización de la paz en la posguerra.

Antes de la cena y durante la mayor parte de ésta, la conversación giró sobre temas de carácter general y personal. El Mariscal Stalin, el Presidente y el Primer Ministro mostraron su buen humor durante el transcurso de la cena. No se había hablado de ningún asunto político o militar de importancia, hasta que, media hora antes de terminar la cena, surgió, de forma indirecta, la cuestión de los derechos y responsabilidades de las grandes potencias respecto a los de las pequeñas.

El Mariscal Stalin demostró bien a las claras, en numerosas ocasiones, que creía que las tres grandes potencias que habían soportado el peso de la guerra y habían liberado de la dominación alemana a las pequeñas potencias, tendrían pleno derecho a preservar la paz del mundo.

Dijo que, aunque no podía servir otros intereses que los del Estado y pueblo soviéticos, en el aspecto internacional la Unión Soviética estaba preparada para contribuir, en la parte que le corresponde, a la conservación de la paz. Dijo que era ridículo creer que Albania, por ejemplo, podría tener un voto de igual valor que el de las tres grandes potencias que habían ganado la guerra y se hallaban presentes en esta cena. Dijo que algunos pueblos liberados parecían creer que las grandes potencias habían tenido la obligación de derramar su sangre a fin de liberarlas y que ahora estaban increpando a estas grandes potencias por no haber tenido en consideración los derechos de las pequeñas.

El Mariscal Stalin dijo que estaba dispuesto, de acuerdo con los Estados Unidos y la Gran Bretaña, a proteger los derechos de las pequeñas potencias, pero que de ninguna forma admitiría que cualquier acto de una cualquiera de las grandes potencias pudiera estar sometida al juicio de las pequeñas. El Presidente dijo que estaba conforme en que las grandes potencias debían soportar la mayor responsabilidad y que las condiciones de paz deberían ser redactadas por las tres potencias representadas en esa Conferencia.

El Primer Ministro dijo que estaba fuera de toda discusión el que las peque-

nias potencias pudieran dictar a las grandes lo que tenían que hacer, pero que las grandes naciones del mundo deberían librar su responsabilidad moral y conducción del mundo ejerciendo su autoridad con moderación y con un gran respeto por los derechos de las naciones más pequeñas. (Mr. Vishinsky dijo a Mr. Bohlen que ellos nunca estarían conformes con el posible derecho de las pequeñas potencias a juzgar los actos de las grandes, y contestando a una observación de Mr. Bohlen sobre lo que el pueblo americano opinaba, contestó que los americanos deberían aprender a obedecer a sus dirigentes. Mr. Bohlen dijo que si Vishinsky iba a visitar los Estados Unidos le gustaría verle intentar decir eso al pueblo americano. Mr. Vishinsky contestó que le agradaría mucho hacerlo.)

Después de un brindis del Primer Ministro por las masas proletarias del mundo, hubo una importante discusión sobre los derechos de los pueblos a gobernarse a sí mismos en relación con sus dirigentes.

El Primer Ministro dijo que aunque él era constantemente tachado de reaccionario, era el único representante que allí se encontraba y cuyo mandato podía ser retirado en cualquier momento por el sufragio universal de su propio pueblo y que, personalmente, se vanagloriaba de correr tal peligro.

El Mariscal Stalin, irónicamente, hizo notar que el Primer Ministro parecía temer tales elecciones, a lo que el Primer Ministro respondió que no solamente no las temía, sino que estaba orgulloso del derecho del pueblo británico de cambiar su Gobierno cuando le pareciese oportuno. Añadió que creía que las tres naciones allí representadas se dirigían hacia la misma meta por métodos diferentes.

El Primer Ministro, refiriéndose a los derechos de las pequeñas naciones, hizo el siguiente comentario: "El águila permite cantar a las pequeñas aves y no se preocupa por lo que cantaron."

Cuando se fueron el Mariscal Stalin y el Presidente, el Primer Ministro discutió más ampliamente con Mr. Eden y Mr. Stettinius la cuestión del voto en el Consejo de Seguridad. El Primer Ministro dijo que se inclinaba al punto de vista ruso en lo relativo al procedimiento del voto porque todo dependía del acuerdo de las tres grandes potencias, sin el cual el mundo estaría expuesto a incalculables catástrofes; cualquier cosa que mereciera (¿conservarse?) este acuerdo tendría su voto. Mr. Eden puso enérgicas objeciones a la opinión del Primer Ministro y señaló que dichas medidas no serían populares ni razonables y que él, personalmente, creía que no tendrían el apoyo de la opinión inglesa. El Primer Ministro dijo que no estaba de acuerdo en absoluto con Mr. Eden porque tenía presente las realidades de la situación internacional.

En respuesta a una pregunta del Primer Ministro en relación con la propuesta americana en la solución de la cuestión del voto, Mr. Bohlen hizo notar que la propuesta americana le recordaba la historia del colono meridional que había dado una botella de whisky a un negro como regalo. Al día siguiente preguntó al negro si le había gustado el whisky, a lo que el negro respondió que era perfecto. El colono preguntó que qué era lo que quería decir, y el negro dijo que si el whisky hubiera sido algo mejor no se lo hubiera dado, y que si hubiera sido algo peor no lo hubiera bebido.

Poco después, el Primer Ministro y Mr. Eden se marcharon a su vez, desde luego en desacuerdo en cuanto al procedimiento de voto en el Consejo de Seguridad de la Organización de Dumbarton Oaks.

REUNION DE LOS MINISTROS DE ASUNTOS EXTERIORES CON MOTIVO DEL  
 ALMUERZO DEL DIA 5 DE FEBRERO DE 1945, QUE TUVO LUGAR EN EL  
 PALACIO YUSUPOVSKY A LA 1,30 DE LA TARDE

Se hallan presentes:

Por los Estados Unidos: El Secretario Stettinius.

Mr. Byrnes.

Mr. Harriman.

Mr. Page.

Por el Reino Unido: Mr. Eden.

Sir Alexander Cadogan.

Sir Archibald Clark Kerr.

El Comante Theakstone.

Por la Unión Soviética: Mr. Molotov.

Mr. Vishinsky.

Mr. Maisky.

Mr. Gromyko.

Mr. Gusev.

Mr. Pavlov.

Notas tomadas por Mr. Page.

Altamente secreto.

Asuntos tratados: 1.—Brindis.

2.—Nombre de la Conferencia.

3.—Trato a Alemania.

4.—Cuestiones económicas concernientes a Alemania.

1.—*Brindis*:

Mr. Molotov inició el almuerzo proponiendo un brindis a los dirigentes de los tres países. Habiendo sido informado por Mr. Harriman de que Manila había sido conquistada, Mr. Molotov propuso inmediatamente un brindis por esta victoria de los ejércitos aliados.

Después de un brindis propuesto por Mr. Eden en honor de Mr. Molotov, en su calidad de Ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética y Presidente de la Conferencia de Moscú de 1943, Mr. Stettinius propuso también un brindis por Mr. Molotov. Dijo que esperaba poder continuar la excelente labor de su predecesor Mr. Hull. Hizo constar que Mr. Hull, quien se encontraba ahora reponiéndose en un hospital, le había pedido que presentara sus respetos a Mr. Molotov. Concluyó diciendo que esperaba con impaciencia que llegase el día en el que Mister Molotov, Mr. Eden y él pudieran celebrar frecuentes reuniones.

Mr. Molotov se levantó inmediatamente y propuso un brindis por el completo restablecimiento de Mr. Hull. Rogó a Mr. Stettinius que transmitiese a Mr. Hull la simpatía y los mejores deseos de todos los que se hallaban presentes en el almuerzo. Después propuso un brindis por el Embajador inglés, el cual, en reciprocidad, brindó por el "Comisión Moscovita" y su continua cooperación. Este brindis fué seguido de otros varios. Mr. Stettinius brindó en honor de sus colegas en Dumbarton Oaks (Gromyko y Cadogan); Mr. Molotov brindó a la salud y por los éxitos de su aliado Mr. Harriman, y este último brindó por Mr. Vishinsky "la persona más importante del Comité especial y quien verdaderamente controlaba la "Comisión de Moscú".

Mr. Justice Byrnes propuso a continuación que los huéspedes brindaran por los Grandes Ejércitos de la Unión Soviética, y el Embajador Gromyko brindó por Mr. Byrnes, calificándole de "un gran americano que había servido en las tres ramas más importantes del Gobierno americano". Mr. Vischinsky sugirió que los señores Strang y Winat, colaboradores adjuntos de la "Comisión asesora europea", debían ser también objeto de un brindis. Mr. Stettinius levantó, después, su copa en honor del Embajador Gromyko, de quien dijo era "un capaz y eficaz represen-

tante de la Unión Soviética en Washington que había sabido ganarse el respeto y la admiración del pueblo americano”.

Mr. Molotov hizo notar que ya se habían hecho bastantes brindis en honor de los diplomáticos y dijo que deseaba levantar su copa en honor de Mr. Byrnes, quien tenía uno de los puestos más importantes en el Gobierno de los Estados Unidos. Dijo que era difícil para una persona corriente concebir lo enormemente importante que era en realidad Mr. Byrnes.

Mr. Eden brindó a continuación por los hombres que estaban luchando.

Después de un brindis por el éxito de la presente Conferencia, se pidió a Mister Maisky que dijera algo, y éste levantó su copa brindando en pro de la unidad más estrecha posible entre los pueblos, los Gobiernos y los Jefes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, haciendo constar que el futuro de la Humanidad estaba basado en esta unidad.

## 2.—Nombre de la Conferencia.

Durante el curso del almuerzo, Mr. Molotov propuso un brindis por la “Conferencia de Crimea”. Después de breve discusión fué sugerido que éste era el nombre que la Conferencia debería llevar.

## 3.—Trato a Alemania.

Mr. Eden preguntó a Mr. Molotov sobre lo que los rusos pensaban discutir aquella tarde.

Mr. Molotov respondió que la delegación rusa estaba dispuesta a discutir cualquier asunto que las delegaciones de los Estados Unidos o del Reino Unido desearan. Esto, incluyendo el referente a la división de Alemania, así como el de las cuestiones políticas y económicas relativas a ese país.

Mr. Eden afirmó que el asunto, en general, necesitaba un mayor estudio antes de tomar decisiones definitivas.

Mr. Eden replicó que, aunque los ingleses habían estudiado la cuestión bajo un punto de vista técnico, el Gabinete no había discutido aún este asunto. Afirmó que el Presidente, el Primer Ministro y el Mariscal Stalin, no podían llegar hoy a una decisión definitiva sobre el trato a dar a Alemania y sugirió que el asunto fuera sometido a un estudio de conjunto por parte de los tres países.

Mr. Molotov se mostró favorable a la idea.

Mr. Eden continuó con la sugerencia de que el Primer Ministro, el Presidente y el Mariscal Stalin discutieran en términos generales, en la reunión de hoy, el trato a dar a Alemania, que remittieran la cuestión a los tres Ministros de Asuntos Exteriores para un estudio más detenido, y que éstos hicieran un informe conteniendo proposiciones definitivas que debería ser entregado a los Tres Grandes en el plazo de dos o tres días.

Mr. Molotov dió su aprobación a tal proposición.

## 4.—Cuestiones económicas relativas a Alemania.

Mr. Stettinius afirmó, en un aparte, a Mr. Molotov, que el Gobierno de los Estados Unidos consideraba sumamente importante que se llegase a un acuerdo sobre ciertas compensaciones económicas relacionadas con Alemania.

Mr. Molotov indicó que el Gobierno soviético esperaba recibir reparaciones de Alemania en especie y confiaba en que los Estados Unidos concederían a la Unión Soviética créditos a largo plazo.

Mr. Stettinius afirmó que su Gobierno había estudiado esta cuestión y que él, personalmente, estaba dispuesto a discutirla en cualquier momento con Mr. Molotov. Esto podría hacerse bien aquí o bien más tarde en Moscú o en Washington.

Mr. Molotov indicó que, ahora que el fin de la guerra estaba cerca, era muy importante llegar a un acuerdo sobre estas cuestiones económicas.



## L'UNION DES ASSOCIATIONS INTERNATIONALES

Palais d'Egmont, Bruxelles, tel. 11-83-96

dont l'activité est consacrée à la documentation, à l'étude, à la promotion des relations internationales non-gouvernementales, sortira de presse, au mois de juin 1953, sous les auspices de l'UNESCO, un

REPERTOIRE GENERAL DES PERIODIQUES PUBLIES PAR LES ORGANISATIONS INTERNATIONALES NON-GOUVERNAMENTALES (100 Frs. belges), contenant les données bibliographiques et une analyse du contenu d'environ 900 périodiques.

*Autres publications:* le BULLETIN ONG (français-anglais, 10 numéros par an de 50 pages, 250 Frs. belges); et

Le YEARBOOK OF INTERNATIONAL ORGANIZATIONS (édition 1951-52, publié avec la collaboration du Secrétariat de l'ONU, 1.227 pages, 350 Frs. belges).

## JOURNAL of CENTRAL EUROPEAN AFFAIRS

Recent Articles of Current Interest

EASTERN EUROPEAN FEDERATION, A STUDY IN THE CONFLICTING NATIONAL AIMS AND PLANS OF THE EXILE GROUPS (January 1955).  
*Elizabeth Kridl Valkenier*

A PROPOSED COMPROMISE OVER DANZIG IN 1939? (January 1955).  
*Gerhard L. Weinberg*

ON "HUMAN RIGHTS" IN CZECHOSLOVAKIA (October 1954).  
*Peter Zenkl*

TWO ANNIVERSARIES OF SERBIAN LAW: THE CIVIL CODE OF 1844 AND THE ZAKONIK OF DUSHAN (October 1954).  
*Lazare Marcovitch*

ALBERT VANDAL AND FRANCO-RUSSIAN RELATIONS, 1740-1746 (July 1954).  
*Sidney Horowitz*

CZECHOSLOVAKIA AND ITALY: MY NEGOTIATIONS WITH MUSSOLINI, 1922-1924 (January and April 1954).  
*Vlastimil Kybal*

Notes

Book Reviews

Recent Periodical Literature

Published Quarterly at the University of Colorado, Boulder, Colorado  
S. HARRISON THOMSON, Editor

Yearly Subscription: \$5.00  
Postage outside US: .25

Single Copies: \$1.50

COLECCIONES  
DEL  
INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

BIBLIOTECA DE CUESTIONES ACTUALES

- FALSAS Y VERDADERAS REFORMAS EN LA IGLESIA*, del P. YVES M.-J. CONGAR, O. P.—Precio: 150 ptas.  
*PSICOLOGIA FISIOLÓGICA*, de C. T. MORGAN y E. STELLAR.—Precio: 250 ptas.  
*TRATADO DE HISTORIA DE LAS RELIGIONES*, de MIRCEA ELIADE.—Precio: 150 ptas.  
*NATURALEZA Y CONOCIMIENTO*, de ARTHUR MARCH.—Precio: 75 ptas.

CLASICOS POLITICOS

- LA REPUBLICA*, de PLATÓN.—Tres tomos. Edición bilingüe. Estudio preliminar y notas de José Manuel Pabón y Manuel F. Galiano, catedráticos de Latin y Griego de la Universidad de Madrid.—Precio de los tres tomos: 200 ptas.  
*LA CONSTITUCION DE ATENAS*, de ARISTÓTELES.—Edición bilingüe. Estudio preliminar y notas por Antonio Tovar Llorente, catedrático de Filología Latina de la Universidad de Salamanca.—Precio: 25 ptas.  
*LA POLITICA*, de ARISTÓTELES.—Edición bilingüe. Introducción y notas de Julián Marias.—Precio: 150 ptas.  
*LA REPUBLICA DE LOS ATENIENSES*.—Edición bilingüe. Estudio preliminar y notas de Manuel F. Galiano, catedrático de Griego de la Universidad de Madrid.—Precio: 25 ptas.  
*LA RETORICA*, de ARISTÓTELES.—Edición bilingüe. Traducción, prólogo y notas por Antonio Tovar, catedrático de Filología Latina de la Universidad de Salamanca.—Precio: 100 ptas.  
*GORGIAS*, de PLATÓN.—Edición bilingüe por Julio Calonge, catedrático de Griego.—Precio: 80 ptas.  
*DE LEGIBUS*, de M. T. CICERÓN.—Edición bilingüe. Traducción, introducción y notas de Alvaro D'Ors, catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Santiago de Compostela.—Precio: 90 ptas.  
*HIERON*, de JENOFONTE.—Edición bilingüe. Traducción, introducción y notas de Manuel Fernández Galiano, catedrático de Griego de la Universidad de Madrid.—Precio: 20 ptas.  
*LAS CARTAS*, de PLATÓN.—Edición bilingüe. Traducción, prólogo y notas de Margarita Toranzo.—Precio: 90 ptas.

COLECCION "CIVITAS"

- EL IMPERIO HISPANICO Y LOS CINCO REINOS*, por R. MENÉNDEZ PIDAL.—Precio: 20 ptas.  
*HISTORIA DEL DERECHO NATURAL Y DE GENTES*, por J. MARÍN y MENDOZA.—Prólogo de M. García Pelayo.—Precio: 10 ptas.  
*¿QUE ES EL ESTADO LLANO?*, por E. J. SIEYÉS.—Prólogo de Valentín Andrés Alvarez.—Precio: 25 ptas.  
*ESPAÑA Y EUROPA*, por CARLOS VOSSLER.—Precio: 30 ptas.  
*SOBRE LA UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LA JURISPRUDENCIA*, por JOHN AUSTIN.—Versión castellana de F. González Vicén.—Precio: 15 ptas.  
*TIERRA Y MAR*, por C. SCHMITT.—Versión castellana por R. F. Quintanilla.—Precio: 25 ptas.

- CONSTITUCIONES RIGIDAS Y FLEXIBLES*, por JAMES BRYCE.—  
Precio: 25 ptas.
- LA JURISPRUDENCIA NO ES CIENCIA*, por J. H. KIRCHMANN.—  
Traducción y prólogo de A. Truyol y Serra.—Precio: 10 ptas.
- ALABANZA DE LA LEY*, por WERNER JÄGER.—Traducción y pró-  
logo de A. Truyol y Serra.—Precio: 15 ptas.
- INTRODUCCION A LA TEORIA DEL DERECHO*, de KANT.—  
Versión castellana y prólogo de Felipe González Vicén.—Precio:  
20 ptas.
- REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA*, de ED-  
MUND BURKE.—Traducción y prólogo de Enrique Tierno Galván.—  
Precio: 50 ptas.
- SOCIOLOGIA DE LA CULTURA MEDIEVAL*, de ALFRED VON  
MARTIN.—Traducción y prólogo de Antonio Truyol y Serra.— Pre-  
cio: 25 ptas.
- INFORME SOBRE LA LEY AGRARIA*, de JOVELLANOS.—Prólogo  
de Valentín Andrés Alvarez.—Precio: 50 ptas.
- DE LA ADMINISTRACION PUBLICA CON RELACIONES A  
ESPAÑA*, de ALEJANDRO OLIVÁN.—Precio: 60 ptas.
- LA CULTURA DE LA ILUSTRACION*, de BENNO VON WIESE.—  
Traducción y prólogo de Enrique Tierno Galván.— Precio: 25 ptas.

#### ESTUDIOS DE ADMINISTRACION

- LAS TRANSFORMACIONES DEL REGIMEN ADMINISTRA-  
TIVO*, por FERNANDO GARRIDO GALLA.—Precio: 35 ptas.
- LA SENTENCIA ADMINISTRATIVA. SU IMPUGNACION Y  
EFECTOS*, de JESÚS GONZÁLEZ PÉREZ.—Precio: 100 ptas.

#### SELECCION DEL FONDO EDITORIAL DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

- DERECHO CIVIL DE ESPAÑA*, de FEDERICO DE CASTRO Y BRAVO.—  
Dos vols. Precio: vol. I, 160 ptas.; vol. II, 125 ptas.
- LA AUTORIDAD CIVIL EN FRANCISCO SUÁREZ*, del P. MA-  
TEO LANSEROS, O. S. A.—Precio: 45 ptas.
- HISTORIA DE LA FILOSOFIA POLITICA*, de GÜNTHER HOL-  
STEIN.—Traducción de Luis Legaz Lacambra. Prólogo de Luis Díez  
del Corral (2.ª ed.).—Precio: 60 ptas.
- TEORIA Y SISTEMA DE LAS FORMAS POLITICAS*, de FRAN-  
CISCO JAVIER CONDE (4.ª ed.).—Precio: 45 ptas.
- EL CONCEPTO DE ESPAÑA EN LA EDAD MEDIA*, de José  
ANTONIO MARAVALL.—Precio: 150 ptas.
- LA ECONOMIA DEL BLOQUE HISPANO-PORTUGUES*, de José  
MIGUEL RUIZ MORALES.—Precio: 100 ptas.
- EL POSITIVISMO EN LA FILOSOFIA DEL DERECHO CON-  
TEMPORANEO*, de FELIPE GONZÁLEZ VICÉN.—Precio: 12 ptas.
- LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y LAS VOCACIONES ECLE-  
SIASTICAS*, por SEVERINO AZNAR (de la Colección "Ecos del Ca-  
tolicismo social en España").—Precio: 60 ptas.
- EL HUMANISMO DE LAS ARMAS EN DON QUIJOTE*, de José  
ANTONIO MARAVALL.—Precio: 50 ptas.
- EL CONSEJO DE ESTADO (SUS TRAYECTORIAS Y PERS-  
PECTIVAS EN ESPAÑA)*, de JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.—  
Precio: 60 ptas.
- DERECHO DIPLOMATICO* (primer tomo), de JOSÉ SEBASTIÁN DE  
ERICE Y O'SHEA.—Precio: 150 ptas.
- DERECHO DIPLOMATICO* (segundo tomo), de JOSÉ SEBASTIÁN DE  
ERICE Y O'SHEA.—Precio: 150 ptas.
- TEATRO CRITICO UNIVERSAL y CARTAS ERUDITAS*, de  
Fr. BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO.—Selección, estudio  
preliminar y notas por Luis Sánchez Agesta.—Precio: 35 ptas.

*POLITICA NAVAL DE LA ESPAÑA MODERNA Y CONTEMPORANEA*, de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.—Precio: 20 ptas.  
*LA HISTORIA DE ESPAÑA EN SUS DOCUMENTOS: EL SIGLO XIX*, de FERNANDO DÍAZ PLAJA.—Precio: 125 ptas.  
*LA JUSTIFICACION DEL ESTADO*, de TORCUATO FERNÁNDEZ MIRANDA.—Precio: 15 ptas.  
*PERSPECTIVAS BÉLICAS DEL OCCIDENTE*, de HEINZ GUDERIAN.—Precio: 20 ptas.  
*TRATADO ELEMENTAL DE DERECHO DEL TRABAJO*, de MIGUEL HERNÁNDEZ MÁRQUEZ (6.ª ed.).—Precio: 150 ptas.  
*EPITOME DE HISTORIA DE MARRUECOS*, de MOHAMED IBN AZZUZ.—Prólogo de Tuhami Al-Wazzani.—Precio: 25 ptas.  
*DE CALICLES A TRAJANO (Estudios sobre historia política del mundo antiguo)*, de SANTIAGO MONTERO DÍAZ.—Precio: 20 ptas.  
*LAS IDEAS Y EL SISTEMA NAPOLEONICOS*, de JESÚS PABÓN.—Precio: 12 ptas.  
*EL PENSAMIENTO POLITICO DEL DESPOTISMO ILUSTRADO*, de LUIS SÁNCHEZ AGESTA.—Precio: 50 ptas.  
*MILICIA Y POLITICA*, de JORGE VIGÓN SUERODÍAZ.—Precio: 35 ptas.  
*DILEMAS*, de CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS.—Precio: 40 ptas.  
*HACIENDA Y DERECHO. Introducción al Derecho Financiero de nuestro tiempo*, de FERNANDO SÁINZ DE BUJANDA.—Precio: 100 ptas.  
*PRINCIPIOS DE TEORIA ECONOMICA*, de HEINRICH FREIHERR VON STAKELBERG.—2.ª ed.—Precio: 125 ptas.

## CUADERNOS DE POLITICA INTERNACIONAL

PRECIO DE LA SUSCRIPCION ANUAL

(cuatro números)

<i>España, Protectorado y Colonias</i> .....	65 Ptas.
<i>Portugal, Iberoamérica, Filipinas y Estados Unidos.</i>	80 "
<i>Otros países</i> .....	100 "

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION

Plaza de la Marina Española, 8



25 pesetas